

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 5 de Enero de 1899.

Número 6

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.



EDIPO Y ANTIGONA

CUADRO DE FEDERICO RODRIGUEZ.

FOT. DE LUIS C. SANDOVAL

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Mes de Febrero, mes de cascabeles y de oraciones. La orgía pagana abre la puerta del tiempo á la procesión de los días místicos. Las bacantes, desnudas y ébrias, después de haber corrido á través de los campos, perseguido á pleno sol por un ejército de sátiros, pasan en la noche ante la camela del templo cristiano, agitando los sirios humeantes y las antorchas que llamean. Ya están desgarrados los cinturones de vid sobre las mórbidas caderas, y en la inquietud de las travesuras gritan y se enfurecen faunas y ninfas al compás de las flautas y los címbalos. El viejo Sileno llega tambaleando y con la cratera vacía; abraza á la bacante más risueña, y acariciándose la gran barba hirsuta, manchada de vino, canturrea con modorra el himno de Dyonisos. La danza báquica, desenfrenada, irritante, impúdica, se prolonga aún por muchas horas frente al templo en cuyo atrio resuena, como la carrera de una banda de ciervos fugitivos el petaleo incesante de los sátiros beodos. Y cuando de improviso, sobre el azul perla del Oriente, salta el primer rayo de luz, surge del templo una bocanada de oraciones que ahoga las últimas risas y barre y desvanece en el viento, cual un soplo apaga una llama, aquella turba agitadora é irreverente. Quedan flotando todavía por un instante, en la pálida obscuridad del pórtico, fragmentos de formas como esculturas destrozadas, pedazos de resplandores, desgarrones de túnicas, relampagueo de movimientos, todo confundido pero, á la vez enérgico y brillante, como la visión de oro que palpita en la inmensa negrura de un ojo deslumbrado.

Después, la Naturaleza se hunde en un profundo y doloroso silencio. Por el interior del santuario hay muchas lámparas que pican la sombra, y que alumbran, á trechos, el paño que cubre los altares.

El templo está solo, tristemente solo. No se ven imágenes, ni doradas arquitecturas, ni cirios encendidos. Todo lo que brilla está oculto y apagado. Ornamentos de plata, lienzos blancos, candiles reverberantes, allí están bajo los pliegues mortuorios que acusan, en salientes contornos, ya la mano tendida y suplicante de un santo, ya la inclinada cabeza de una virgen, ya la rígida y abierta ala de un querube; la espada vengadora de un arcángel; el báculo milagroso del ermitaño. Los pilares—frangas de tiniebla en la penumbra,—se alzan del pavimento donde tiende, á intervalos, una lámpara su línea de claridad agonizante, y se pierde en el vacío tenebroso que apenas deja entrever el corvo arranque de las naves. Los vidrios de la cúpula están débilmente iluminados por la luz cansada de las últimas estrellas. No hay devotos arrodillados, ni brazos puestos en cruz, ni caras afligidas y llorosas, besando las gradas de los altares, ni manos de marfil, flacas y contraídas, apretando los tupidos hierros de las rejas del coro. Sin embargo, ruedan por el templo rumores de letanías, ecos de amenes, suave susurro de cantos extinguidos, vibraciones de órgano en el postrer acorde, constante balbuceo de ecos sagrados. Parece que la soledad está orando. Las almas tristes tienen algo de los tiempos vacíos.

Y en los tiempos piadosos, cuando la campana despertaba y llamaba retozona y alborozadamente á la primera misa, el miércoles del pesimista *memento homo*, los fieles madrugadores que acudían á la iglesia, con el libro grasiento y el sudario de cuentas desgastadas, se imaginaban encontrar en el atrio, vestigios de la fiesta pagana, incrustados por algún espíritu diabólico en la mística austeridad del cristianismo.

La locura humana inventó el *Carnaval*. Lo extrajo de las costumbres licenciosamente artísticas de la antigüedad, lo hizo recorrer, groseramente la edad media, y lo entregó á nuestra época como el resto de una civilización extinguida. Ella lo conservó para dar rienda suelta á sus instintos. Hoy no lo necesita ya porque el vicio se pasea sin que le obliguemos á cubrirse.

El *Carnaval* es un caballero que introduce del brazo al salón de la orgía á nuestras malas pasiones, esas mujerzuelas desventuradas; orna con mirtos frescos las frentes juveniles, pone ósculos lúbricos en los labios, toques de luz quemante en las pupilas y vino ardiente en los vasos. Pero ya se ha vulgarizado mucho; se adorna, ríe y se embriaga en las obscuras barracas de los barrios; y canta en los teatros de, tercer orden coplas obscenas como los saltimbanco de plazuela...

Entre tanto, la virtud frunce el ceño y va cerrando con dos vueltas de llave, las puertas de los hogares donde hay niños buenos y mujeres castas.

* *

En recuerdo del tres de Febrero—oh día funesto! ¿no es verdad, amigos míos?—publica hoy el *Mundo* una carta de mi admirado Luis Berisso. He hablado mucho de esta tristísima fecha; y aún en lo porvenir me queda todavía algo que decir, porque Manuel Gutiérrez Nájera dejó en mi vida una huella imborra-



Sr. LIC. DON MANUEL AZPIROZ.
Nombrado Embajador de México en Washington.

ble, de juventud y de amor. Por ahora que hable Luis Berisso: es nuestro gran amigo lejano. Oid el sincero juicio de los versos excelsos, de esos versos azules y blancos con ligeros tintes de rosa—sangre anémica,—de esos versos de crepúsculo matinal immaculados é indecisos como celajes de alba con algunos luceros naufragos, pálidos y agonizantes, en los bruñidos lagos del cielo. Va á salir el sol en esa poesía del *Duque*; se espera de un momento á otro el primer brote de claridad, rojo y caliente. Se han abiertas las flores en los campos y las alas en los nidos. Todo estaba preparado para la divina aparición....

Y no, no vino el que había de incendiar el horizonte. Muy pronto la sombra ahogó los primeros fulgores. La madre lúgubre asfixió al día en su cuna. Pero allí queda el paisaje envuelto en una blanca penumbra. No hay noche, ni temor, ni desolación en esa apasible tristeza.....

La poesía de Gutiérrez Najera huele á juventud, ama la naturaleza, y, penetrada de sus secretos, los canta en un lenguaje fino y sutil, como un tejido de luz. El joven soñador sabía como nadie, de esas cosas. Era el bardo de las delicadezas. Humorista maravilloso, unía á su penetración extraordinaria, una forma límpida y serena.

Y he aquí que hace cuatro años se nos fué el orador obligado en las fiestas de las flores, el que soñó tranquilamente tener en teneras sobre su tumba.

«Si me muero, dormir quiero
Bajo flores compasivas;
si me muero.... si me muero....
dadme muchas siemprevivas.

* *

Otros versos, otra carta, otro recuerdo. Benito Fentanes nos envía unas décimas de aire colérico, ritmo enfático, amplias imágenes y lenguaje conceptuoso; unas décimas mironianas que revelan un poeta joven, que anda todavía en busca de un molde propio á sus ideas: el vaso de Musset.

Cuando ví el original de esas estrofas, tuve un remordimiento. ¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! Hace mucho tiempo que se empolva sobre mi mesa de trabajo un laurel que él supo conquistarse y que yo—infame perezoso!—no le he mostrado. Es una carta de Justo Sierra que á Fentanes lo va á volver loco de gusto y á mí me avergüenza un poco, por el paternal cariño con que me trata en ella mi maestro. Nada tengo que agregar á esa carta aunque el gran poeta me lo exige.

El lo dice todo. Yo la engarzo únicamente, como rico adorno, en la burda malla de mi prosa, y, en voz baja, se la ofrezco á mi joven é inteligente camarada:—Tómala; la mereces; tuya será la gloria....

Sr. D. Luis G. Urbina.

Presente.

Agosto 25.

Mi querido Luis:

Envío á usted el tomo de versos que acaba de remitirme el Sr. Fentanes; no necesito recomendarle que los lea, sé su devoción por las obras de los nuevos y el placer exquisito que le causa descubrir en la forma el alma, en el engaste la perla, en la estrofa el poeta. Tengo para mí que este lo es.

Me pidió un prólogo y yo que he jurado ni hacerlos ni pedirlos, se lo negué en términos un poco secos y el modesto muchacho (supongo que lo es por el timbre cristalino de sus versos) publicó la carta en la primera página de su libro! Y estoy mortificado.

En ese libro verá usted sin un solo plagio un reflejo incesante de la manera y estilo de dos maravillosos rimadores del penúltimo barco, Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón y reminiscencias, notas, efectos sonoros sugeridos por usted, Nervo, Tablada y los admirables sud-americanos que conduce Rubén en su galera de oro..... Fentanes ha sabido alegrar sus maestros.

Pero esto es evitable? quién de nosotros lo ha podido evitar? Sería como obligar á un poeta en formación á que no viviese en el medio en que nace y no respirase la atmósfera que le rodea. ¿Pero el capullo no anuncia la flor, la crisálida no es la promesa de la mariposa? Creo que en este joven cantor hay algo más que anuncios y promesas, hay una personalidad un poco imprecisa todavía, pero esbozada con vigor,

Si es usted de mi opinión, estimule á este nuevo. que quiero creer que es bueno, llame la atención hacia él, deshoje una flor en su camino. Insistamos, en medio de la prosa oro y negro en que vivimos, en sostener que son dignos de aplauso y loa los inspirados, que es, no solo noble y santo, sino útil, en el sentido superior de la palabra, el oficio de los que se empeñan en levantar los corazones hacia lo bello y los espíritus hacia lo ideal.

Suyo *ex corde*.

JUSTO SIERRA.

* *

La temporada de ópera continúa; el Circo domina, y una tiple de zarzuela, Rosa Fuertes, rejuvenece los cansados sainetes líricos de las *tandas* del Principal.

* *

Selma Kronold, una soprano famosa según se dice en círculos artísticos, refuerza desde esta semana la Compañía Lombardi.

No la hemos oído cantar aún. ¿Será su voz tan hermosa como agraciada es ella? ¡Ojalá! Sabemos sí, que ha sido muy aplaudida en teatros de importancia.

Política General.

RESUMEN.—INQUIETUD GENERAL.—TEMORES Y AMENAZAS.—LAS UTOPIAS DE AYER Y LOS DESENTANTOS DE HOY.—FRANCIA E INGLATERRA.—CECILIO RHODES EN LA GRAN BRETAÑA.—EL CAUDILLO DEL SUR Y LAS ZOZOBRAS DE LAS COLONIAS AFRICANAS.—LOS ENEMIGOS DE 1870 Y LOS AMIGOS DE 1900.—RENCORES QUE SE OLVIDAN E ILTERESES QUE NACEN.—EL IMPERIALISMO EN EL SENADO AMERICANO.—EL PROBLEMA FILIPINO.—LA DEPENDENCIA DE LOS TAGALOS Y LAS LIBERTADES AMERICANAS.—LA CUESTION DE CUBA.—LOS QUE RESISTEN Y LOS QUE TRABABAN.—SIEMPRE EN POS DE LA LIBERTAD.—CONCLUSION.

Sin que haya nada real y positivo en los temores que se abrigan por la paz general, un soplo de inquietud agita todos los espíritus, un estremecimiento de zozobra cruza por todas partes, y á cada momento se teme que una chispa brotada de quién sabe que obscuras nubes provoque una conflagración y arroje á los cuatro vientos las débiles trabazones que ligan las relaciones pacíficas de los pueblos.

En este fin de siglo grandioso ebrio de sus hermosas aspiraciones, orgulloso de sus triunfos, satisfecho de sus conquistas, contento de sus adelantos; en este fin de siglo, todos esperan lo imprevisto, lo extraordinario, y no faltan soñadores utopistas que esperen se encienda una nueva luz, para alumbrar á las futuras generaciones y sirva de magestuoso pórtico auroral á la centuria que comenzará mañana.

Pero hay otros que, fijándose en las angustias del humano linaje, que oyendo sus quejas hondas y sus tristes lamentaciones, comprenden sus desencantos, adivinan sus desfallecimientos y explican por ellos el grito de protesta que sube desde el fondo de las sociedades hasta la superficie, el sollozo de amargura que brota desde los antros de la miseria y de la ignorancia, y va á turbar con sus notas destempladas el festín de grandeza deslumbradora en que se sientan los poderosos de la tierra.

Epoca de dudas y de desfallecimientos es la nuestra, período de transición y de profundas crisis sociales es el que atravesamos. Cuando termine la lucha entre la esperanza y el temor; cuando se desvanecan las nubes y se seren en los horizontes; cuando renazca la fe en los corazones y la confianza en los espíritus; cuando se haya restablecido el equilibrio moral para los que gimen y trabajan, entonces se habrán llenado todas las aspiraciones de los que predicán la paz sobre la tierra.

¿Estará muy lejos ese día? ¡Quién sabe! Pero al sorprender los presagios de la tormenta, mucho nos

tememos que el choque de intereses opuestos, la eterna aspiración de opiniones encontradas, entre los pueblos que se atribuyen misiones providenciales en la tierra, renueve las contiendas de las pasadas edades, en la encarnizada competencia y en el inacabable afán de prevalecer sobre sus rivales y enemigos.

* *

Cansada Francia de ese interminable asunto Dreyfus, que aparta á sus hijos y divide sus voluntades, llama en torno de su bandera á todas las energías nacionales para fortalecer el orden constituido, para rechazar las maquinaciones monárquicas, para dar fuerza y vigor al régimen republicano y preparar el país para las complicaciones posibles que lo amenazan del lado de sus vecinos de la Mancha. Viva como ha estado la herida que abrió en su seno el *año terrible*, no ve ya con tanta desconfianza á los que la arrebataron la Alsacia y la Lorena, como á los que la rechazan de Fachoda, la expulsan del Barh-el-Ghazal, y multiplican los conflictos en toda la extensión de sus colonias. Por eso mira con regocijo esa aproximación ya iniciada con Italia, que es un paso hacia una inteligencia probable con el gobierno de Berlín, si no para resolver las cuestiones continentales europeas, sí para unirse y protegerse mutuamente contra las pretensiones del común enemigo de todas las naciones colonizadoras: la Gran Bretaña.

¿Cómo no han de verse con inquietud las aclamaciones universales, con que es saludado en tierra inglesa Cecilio Rhodes, el caudillo sud-africano, el que pretende que sea único y exclusivo el dominio británico sobre las comarcas meridionales del continente negro? ¿Cómo no han de prevenirse para lo futuro los que miran caminar de consuno las huestes vencedoras de Kitchener hacia el Sur y las tendencias invasoras de Rhodes hacia el Norte?

Si á la vista de todos está esa marcha previamente concebida y con invencible tesón llevada á cabo por los políticos ingleses, á nadie extrañaría que, como medida precautoria, se estableciesen inteligencias imprevistas y se concertasen alianzas inesperadas.

* *

Ruda y tenaz ha sido la oposición en el Senado americano para aprobar el tratado de París. Uno á uno los senadores que tomaron parte en las conferencias, como representantes de la unión americana, se han dirigido á sus colegas para explicar la política de McKinley; pero á pesar de sus francas declaraciones, la opinión no se uniforma todavía y el asunto no se sujeta á votación, acaso por temor de que fracase por falta de una compacta mayoría ministerial.

Hay, sin embargo, una circunstancia que indica hasta dónde prevalecen las ideas de McKinley en el congreso de los Estados Unidos: la cámara de representantes acaba de aprobar el proyecto del Ministerio de Guerra que autoriza al Ejecutivo á mantener una fuerza regular, por lo menos de 50,000 hombres, que en caso necesario puede elevarse hasta 100,000.

Si prevalecieran las ideas anti-expansionistas, si hubiera de rechazarse de plano el dominio sobre Filipinas, si se pensara abandonar Cuba á su propia suerte, si republicanos y demócratas estuvieran resueltos á que el país se reconcentrara en sí mismo, abandonara sus conquistas y dejara perder las ventajas alcanzadas en los remotos mares orientales, de seguro que el proyecto de aumento del ejército no habría sido aprobado; pero comprenden que las armas americanas están comprometidas en una empresa difícil en las islas Filipinas, y no creen que es tiempo de retroceder ante las resistencias de tagalos y visayos.

* *

Si la ocupación de Cuba ha de ser temporal y sólo ha de durar el tiempo necesario, para que el país se enderece y guíe á la organización de un gobierno propio, no prevalecen estas mismas ideas respecto á Filipinas, aunque más de una vez se han expuesto en el Senado. Sea temporal ó permanente la ocupación de las Filipinas, que trate de gobernarse el Archipiélago como una colonia á la europea, ó que se pretenda organizarlo en territorio federal, concediendo las prerrogativas de ciudadanos americanos á tagalos y visayos, se necesita antes de la fuerza para hacer deponer las armas á los que resisten en Ilo-Ilo y se hacen fuertes en Malolos.

Artistas de la Opera del Nacional.



SRITA. SELMA KRONOLD.

[Léase *La Semana*.]

Aun siguiendo la misma política que en Cuba, es preciso usar de la fuerza armada. ¿Lograrán los emisarios cerca de Aguinaldo convencerlo de que debe deponer su actitud hostil para bien general del país, ó habremos de presenciar la ruptura de las relaciones pacíficas de americanos y filipinos que ayer combatían por una misma inspiración?

De cualquiera manera que sea, el retardo en la ratificación del tratado de París hace indecisa la situación y prolonga indefinidamente un estado de cosas que debe terminar pronto. Si en las actuales cámaras no se obtiene la mayoría necesaria, dentro de un mes se inaugurará el nuevo Congreso, y éste, como la expresión genuina de la voluntad del pueblo americano y de sus clases directoras, decidirá de la suerte futura del Archipiélago filipino y á él le ha de tocar rechazar ó admitir la política de expansión que inicia á los Estados Unidos en una nueva vía desconocida para los fundadores de la República.

* *

Más de un mes hace que cesó por completo la soberanía de España en el territorio cubano; más de un mes que ha quedado establecido el gobierno militar americano que va organizando gradual y progresivamente los servicios públicos y la máquina administrativa.

Confianza en las promesas del Congreso americano y en las declaraciones de McKinley, algunos jefes de la insurrección pasada han aceptado el nuevo orden de cosas, y en escala más ó menos alta toman parte en la administración pública. Recelosos é inquietos otros, permanecen apartados en los distritos interiores, se oponen al desarme de las fuerzas rebeldes y quedan alejados en actitud casi hostil, esperando la independencia absoluta.

Fijos estos últimos en sus ideales halagadores, no ven que su resistencia, aunque sea pasiva, los aleja más y más del día soñado para la realización de sus aspiraciones. Más positivos en sus procedimientos son sin duda los primeros, que al amparo de la bandera americana, contribuyen eficazmente con su influencia á la pacificación del país, adquieren nociones prácticas en el ejercicio del poder, y acortan de ese modo el plazo señalado, para que las fuerzas vivas del país y sus clases directoras, representando los intereses legítimos de la patria cubana, sean llamados á decidir de su propia suerte y puedan tranquilamente contribuir al establecimiento del *self government*.

Muy pronto, al parecer, quedará vencida una resistencia: el desarme de las fuerzas insurrectas; muy pronto tendrá el Ejecutivo de la Unión americana la autorización suficiente para pagar los sueldos atrasados que reclaman los soldados cubanos, y entonces esos grupos armados, que hoy son una amenaza para la paz y tranquilidad de los que trabajan, se constituirán en elementos vivos de paz y de progreso, aplicando sus fuerzas al cultivo de los campos, á la explotación de las industrias, que esperan un soplo de vida para la regeneración del país.

3 de Febrero de 1899.

X. X. X.

DOS CARTAS.

Hasta luego, mi querido Beriso, hasta luego.

Entre lo que siento, cierta, profundamente al dejar á Buenos Aires, están su conversación, su fraternidad, su ta lento, que yo certifico y certificaré en toda estación, y esa bondad de hombre sin malos escondrijos, en donde hay para quien sabe encontrarlas, mucha miel generosa y mucha grata y consoladora luz. Yo no sé si usted es eso que se llama amigo, pues ello me llevaría á escribir un tratado de la amistad á mi manera; pero entre todo lo humano que me ha tocado rozar, casi no encuentro con quien comparar á usted, sobre ese concepto. Y lo que le ha llevado á estimarme y á quererme es sobre todo, ó únicamente, Dios sea bendito, el Arte. El cual también bendito sea, ya que me da entre tantos dolores y penas que han flajelado mis treinta y tantos años, cosas cristalinas y valiosas que vienen á mí de espíritus como el suyo, y placeres mentales que tan sólo sabría vencer el amor. Gloria sea dada á todos los que á semejanza suya sean nobles y buenos en la tarea harmoniosa en que mil mueren para la vida de uno; y cuando como usted, se tiene el inflexible querer y la fortaleza misteriosa de quien confía en su sueño, no deja nunca de presentarse el galardón, y más ó menos perlas ó tréboles tendrá la corona, pero la corona se logra.

Usted con todos los compañeros lucha en nuestra amada y enorme Buenos Aires. Yo voy á Europa á decir lo que hay aquí de palpitaciones nuevas, y cómo es el nacer de la primavera nueva; trabajen, luchen, siempre en la obra, siempre con el alma hacia la aurora. El mundo nos ha de mirar muy pronto, y antes de que la Muerte nos haga un signo, veremos levantarse el palacio futuro.

Hasta luego, mi querido Berisso, hasta luego. Crea usted que mi abrazo trae felicidad y el augurio de victoria, en medio de la emoción de la despedida.

RUBEN DARIO.

Buenos Aires, Noviembre 26 de 1898.
Sra. Cecilia Maillefert de Gutiérrez Nájera.
México.

Mi respetable señora: Recibo en este instante, su muy atenta carta en la cual me acusa recibo de mi libro *El Pensamiento de América*, y me agradece el recuerdo que en él hago del que fué su idolatrado esposo Manuel Gutiérrez Nájera, para mí el más admirable poeta sentimental que ha producido el Nuevo-Mundo. No tiene usted nada que agradecerme, señora mía; no he hecho sino cumplir con un deber de conciencia y con un acto de justicia estricta. Entre mis poetas favoritos, el *Duque Job* tiene el sitio de honor. El ha sido el poeta del corazón; y mientras exista arte y artistas en el mundo, no morirán *Cecilia*, *La Serenata de Schubert*, *Ondas Muertas*, *Mariposas* y tantas otras composiciones tiernas é inspiradas, empapadas en lágrimas verdaderas y teñidas con la sangre roja del corazón. He tenido y tengo por Gutiérrez Nájera una admiración honda, que no decrece. Muerto él, han surgido otras poetas notables, entre ellos y á la cabeza de todos Rubén Darío—al cual me liga una amistad íntima,—pero, ninguno ha sabido hacer resonar como el malogrado Manuel la cuerda eternamente vibrante del amor. Sus versos están impregnados de sollozos, y una vez leídos, quedan para siempre grabados en el alma ó cantan sin cesar en el cerebro! Me anuncia usted el envío dei tomo de *prosas* de su glorioso compañero. Será el mejor mensaje que habré recibido de México. Ya está en mi poder el de versos. Cuando llegue el que usted me ofrece, lo haré conocer en los círculos intelectuales de aquí, donde Gutiérrez Nájera es tan admirado y querido, y después lo conservaré en mi biblioteca, como una joya de valor inapreciable.

LUIS BERISSO.

EDIPO Y ANTIGONA.

CUADRO

DE FEDERICO RODRIGUEZ.

Ofrecemos á nuestros lectores la reproducción del hermoso cuadro de Federico Rodríguez, que tanto atrae las miradas del público en la sección de escolares del Certamen de Bellas Artes.

EL ASUNTO.

Todo el mundo conoce la fábula de Edipo, ese infortunado rey sobre quien pesó un destino tan cruel y tan despiadado y que se cumplió no obstante que la Esfinge se lo tenía predicho y que él hizo todo lo que pudo por sustraerse á esos vaticinios.

Inconsciente asesino de su padre y esposo de su madre, cuentan que cuando supo que á pesar de sus esfuerzos el fatal Destino se había cumplido, arrancóse los ojos con sus propias uñas y decidió confinarse al olvido, abandonando el solio real y entregándose á una mendicidad expiatoria.

Mas como quiera que era un hombre justo, no quisieron los dioses dejarle solo en su desgracia é hicieron germinar en el corazón de su hija Antígona los más tiernos y abnegados sentimientos de piedad filial.

Decidió ella acompañarle en sus tristes peregrinaciones, y así lo hizo, endulzando de esa suerte los postreros días del infeliz anciano.

La fábula de Edipo y Antígona ha inspirado siempre á los grandes artistas y los literatos de la Antigüedad se sirvieron de esos tipos para crear grandes obras que por siempre serán orgullo de las letras. Los artistas modernos también han explotado el asunto y bien hizo la Escuela Nacional de Bellas Artes en escogerle como tema para su concurso bienal de composición que dió nacimiento al cuadro de que hoy nos ocupamos.

EL CUADRO.

Es de grandes dimensiones, lo que obligó al autor á darle un tratamiento amplio y vasto.

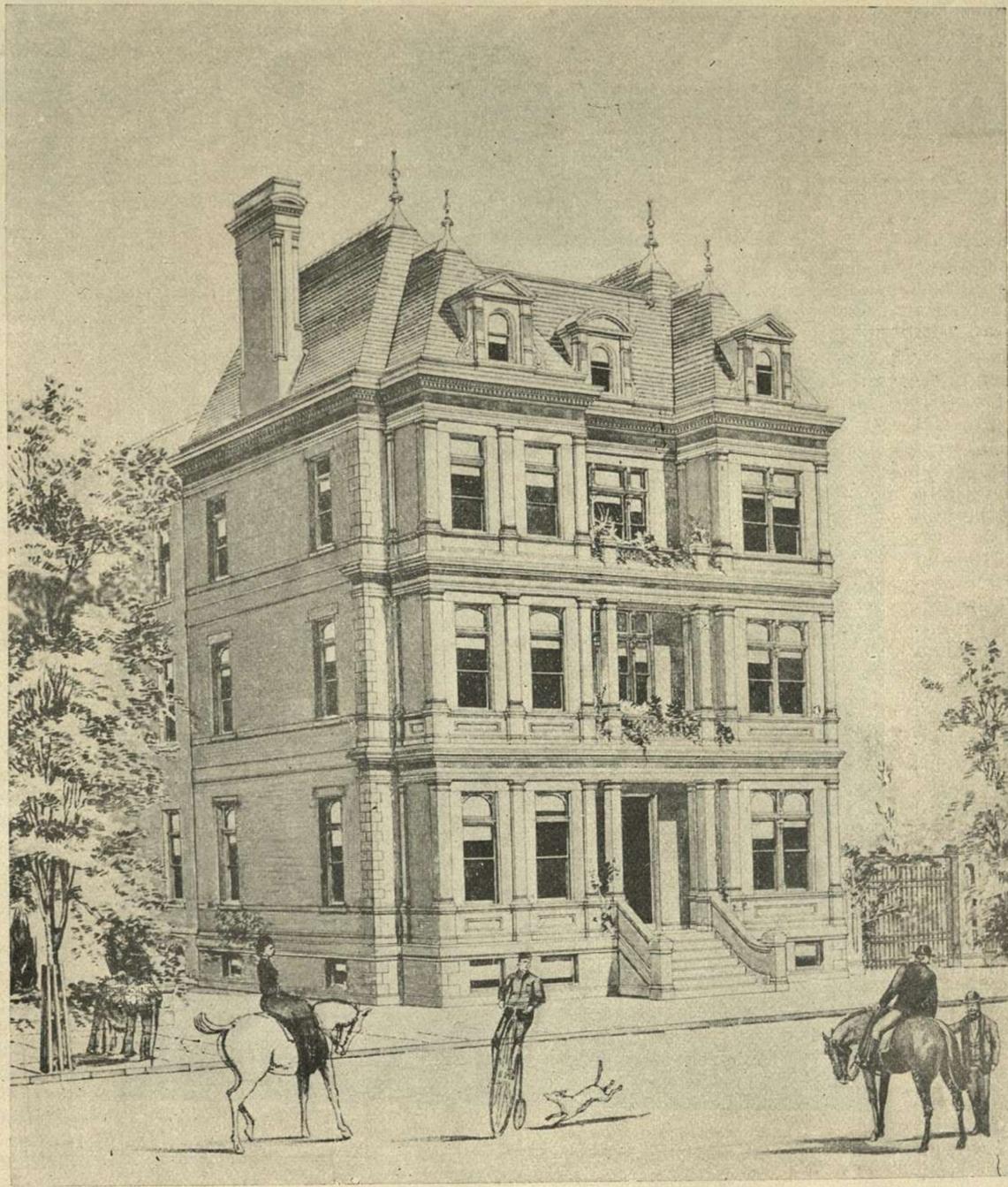
Sobre un fondo indeciso, se destacan las dos figuras.

Edipo se apoya en el brazo de su hija, y, con el bello rostro de anciano unciosamente levantado hacia el cielo, sufre resignado su expiación.

Hay mucho sentimiento en esa figura y está muy bien dibujada.

La Antígona de Rodríguez es una virgen muy hermosa, de aspecto tierno y sugestivo.

Las actitudes son naturales y estéticas y la suave entonación del cuadro agrada sobremanera.



EDIFICIO DE LA EMBAJADA MEXICANA EN WASHINGTON.

EL PINTOR.

Federico Rodríguez es colombiano, pero ama á México con entusiasmo. Perteneciente á una familia acomodada de aquel país, desde muy joven mostró inclinaciones por el pincel y tuvo la fortuna de no encontrar resistencia en el señor su padre, quien le proporcionó todo el aprendizaje que en su ciudad natal pudo adquirir.

Deseando perfeccionarse, vino á México hace cuatro años y cursó y absolvió todos los estudios de pintura en nuestra Escuela de Bellas Artes.

A fines de año, el Sr. Rodríguez piensa pasar á París, pues es un trabajador infatigable, tiene altísimos ideales y quiere pulir sus pinceles en la moderna capital del mundo.

No dudamos que el señor Rodríguez hará mucho en su vida artística y siempre veremos sus triunfos como nuestros, puesto que él ha sabido conquistarse entre nosotros el derecho de ciudadanía.

LIC. D. MANUEL AZPIROZ.

EMBAJADOR

DE MEXICO EN WASHINGTON.

En los últimos días de Enero se hizo público el nombramiento de Embajador extraordinario cerca del Presidente y Gobierno de los Estados Unidos, otorgado en favor del Sr. Lic D. Manuel Azpiroz.

Desde largo tiempo atrás figura el nuevo Embajador en altos puestos públicos y en el desempeño de misiones delicadas que el gobierno le ha confiado en diversas ocasiones.

Tres veces ha tenido á su cargo el Despacho de Subsecretario de Relaciones Exteriores, puesto que ocupó por primera vez el año de 1867. Posteriormente fué abogado de México ante la Comisión mixta de Reclamaciones entre México y los Estados Unidos; Cónsul en San Francisco, California; Plenipotenciario para negociar un tratado de amistad con el reino de Italia, en 1882; Secretario de Hacienda en el Estado de Puebla, etc., etc.

El Sr. Azpiroz es sin disputa, uno de nuestros hombres públicos más respetables y caracterizadas y uno de los que mejor conocen por estudios serios y larga práctica, las relaciones de México con las naciones amigas, y entre ellas, principalmente, con la República vecina, en cuya capital debe desempeñar la más alta misión diplomática que tiene nuestro país en el extranjero.

La Embajada en Washington Y LA LEGACION EN EL JAPON.

Publicamos en esta página dos grabados que representan el salón de recepción y una vista exterior de la Legación de México en Tokio.

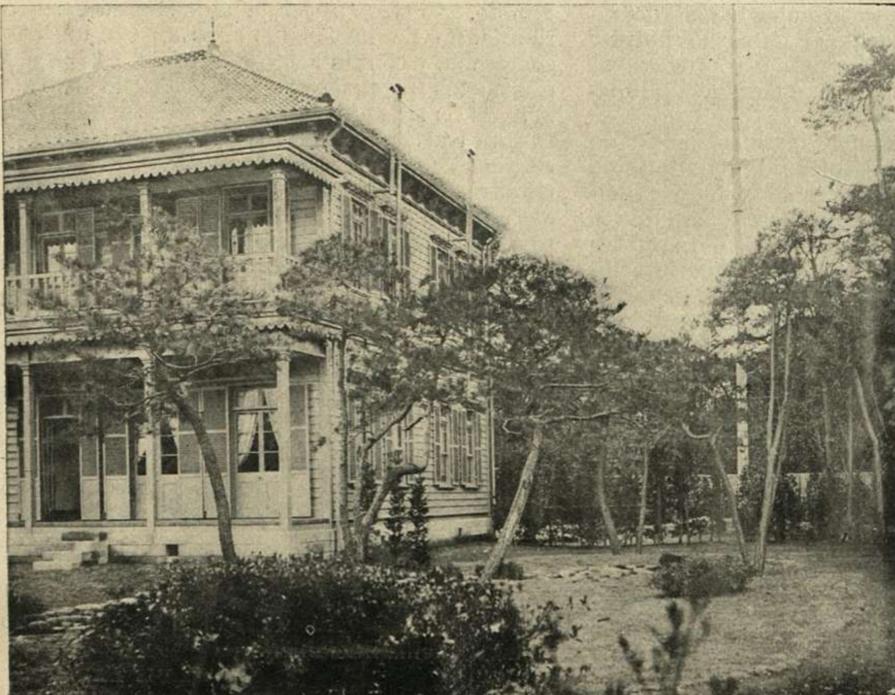
El edificio está situado en la calle Nagate-Cho-Nichome, una de las más céntricas de la ciudad japonesa.

Fué construído en el segundo semestre del año próximo pasado, inaugurándose el 16 de Octubre con asistencia de algunos miembros del cuerpo diplomático.

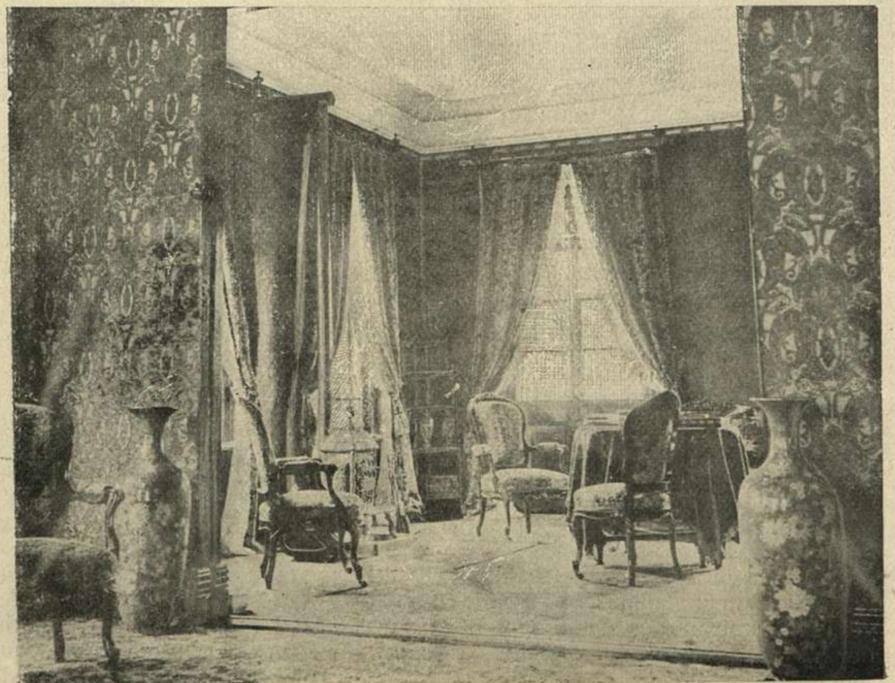
La Embajada de México en Washington está situada en la calle I núm. 1413.

Fué construída por el señor Don Matías Romero el año de 1886, bajo la dirección del arquitecto Mullet, uno de los mejores de Washington.

Con sus muebles el costo del edificio de la Embajada fué como de \$150,000, oro.



LEGACION DE MEXICO EN EL JAPON.—VISTA EXTERIOR.



LEGACION DE MEXICO EN EL JAPON.—SALA DE RECEPCIONES.

COMO SE HACE UN POEMA.

El poeta Astolfo andaba inquieto desde hacía una semana con una inquietud y un desasosiego peculiares, ya conocidos de él, y que precedían á la fiebre de la producción.

Los que no conocen á los poetas juzgan que son estos unos seres raros, unos como selenitas ó cosa así que pasan la vida soñando en labios que parecen



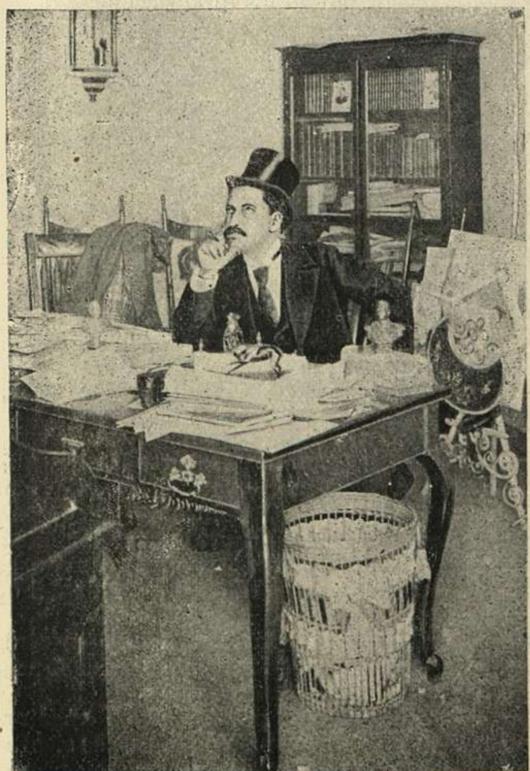
herida recién abierta como dijo el poeta francés, en ojos que fingen dos faros en plena noche y en cabellos que remedan una invasión de oro sobre los bustos blancos, con otras cosas de no menos entretenimiento y amenidad.....

Ah! no señor, los poetas, en México sobre todo, donde la poesía está clasificada por Monsieur Prudhomme entre las vagancias perniciosas, sólo por excepción escriben versos.

Generalmente viven en prosa, trabajan en un escritorio, en una oficina del gobierno, en un periódico y no haciendo versos, sino expedientes, balanzas de comprobación ó editoriales *docentes*.

La lucha por la vida en un medio rudimentario como el nuestro, los obliga á eso y á mucho más.

Pero un día, poetas al fin, saldada la cuenta con el casero y asegurado el beefsteack de mañana, se acuerdan de que son hijos de Apolo y amantes de las nueve, y entonces olvidan los expedientes, los artículos de fondo y las balanzas de comprobación y se dedican á dar salida en una forma aceptable á aquel



cuerpo extraño que se les extremece dentro y que pide á gritos el alumbramiento, por difícil que sea, aun cuando exija el forceps y otros aparatos para los casos perentorios.

Cuando se encuentran en este caso los poetas, son absolutamente intratables.

Faltan á las citas, olvidan el bastón y el sombrero en la mesa de un café, no responden á las preguntas que se les dirigen, veinte veces cada hora se ponen en inminente peligro de que los atropelle un coche, etc, etc.

Aquello que les hormiguea en el cerebro, los absorbe de tal modo que ni un temblor combinado de oscilación y trepidación, tan largo como el del último veinticuatro, y con acompañamiento de derrumbes y de letanías, los haría volver en su acuerdo.

*
**

El vulgo cree asimismo que el poeta compone en su imaginación toda la tirada de sus versos y que una vez empuntados éstos de todos los consonantes del caso y uncidos á las respectivas estrofas, los va soltando sobre el papel donde sufren sólo una ligera corrección para ir á las cajas, de tal suerte que la obra sale ya de la mente del vate completita, con todos sus órganos y armada de punta en blanco como Palas del cerebro de Jove soberano.

Ah! no, señor, la idea que precede á un poema es generalmente parcialísima, confusa, informe, como el girón de nebulosa que precede á la formación de un astro.

Algunas veces en los horizontes de la imaginación apunta un verso, un verso completito, un endecasílabo ó un alejandrino, que expresa una idea incompleta, una idea que necesita otra idea antecedente y luego la idea posterior que la complete.

Supongamos, por ejemplo, á nuestro poeta Luis Urbina en vísperas de componer su segundo *Poema cruel*, vertebrado todo de hermosísimos alejandrinos á la manera francesa, y supongamos así mismo que el génesis de ese poema, fueron los siguientes versos que un *bello día* de golpe y porrazo, amanecieron clavados en el cerebro del poeta.

De pronto, corva y rauda pasó una golondrina, rozando las azules campánulas de seda.....

Un día, dos, ocho, como esos persistentes motivos de óperas oídas que se nos incrustan en la memoria, aquellos dos hermosos alejandrinos golpearon con sus martillos de bronce el cerebro del poeta, sin piedad, sin tregua, hasta que éste debió decirse,—repito que esta es una suposición:—Eh! es preciso hacer algo sobre estos versos que como *la penultieme* de Mallarmé andan extraordinariamente errando, sin alma y sin cuerpo.... Y aquel algo fué un notable poema, que tuvo coordinación, y en el cual quedaron ambos alejandrinos como el pez en el agua, constituyendo un ritornello que, de cuando en cuando torna de lejos, dulcemente triste y musical....

Van ustedes entendiendo el procedimiento?

*
**

Otras veces no es un verso, es una palabra la que flota en ese caos primordial del cerebro en vías de producción: ya alguna palabra de factura extraña, ya un vocablo de intensa vida, ya simplemente una voz caprichosa que es,—apuraremos el símil,—como el impalpable núcleo cósmico que á fuerza de girar se agranda por agrupación; se redondea y se inflama.

Esta palabra tiene el don de traer ideas asociadas en gran número. Si es pagana, sugerirá todo un cuadro gentilicio en el que las figuras todas son eminentemente plásticas, pero la composición y colocación de las cuales será ya obra exclusiva del poeta.

Si es cristiana, podrá abrir en la mente un amplio panorama religioso; si es indiferente, cosmopolita, se naturalizará por la asociación de ideas y vendrá á ser después lo que el poeta en colaboración con el azar del momento quiera y determine.

Supongamos—*ejempli et gratia*—y vaya por la nueva suposición, que el poeta amanece un día de tantos con este vocablo *asperjar*, fljo en la imaginación.

El verbo le gusta por su sabor de arcaísmo y su latina elegancia.... pero qué haría con él?

He ahí el núcleo del futuro astro.... *Asperjar, asperjar.*

Naturalmente la asociación de ideas es religiosa; el poeta recuerda el versículo bíblico: *asperjadme con el hisopo y me purificaré.* Y la palabra *hisopo* le trae nuevas ideas. Piensa en las viejas ceremonias católicas, en el agua bendita que cae en gotas irisadas, así sobre el negro paño de los sudarios como sobre el blanco satén de los trajes de las desposadas.... Los sím-



bolos acuden entonces uno tras de otro y he aquí que por fin resulta *por agregación* un poema neomístico de lo que fué sólo una palabra.....

Se van ustedes enterando?

*
**

Es raro, muy raro que la idea completa de un poema surja en un momento dado de la mente del autor. Generalmente el poeta no hace el poema, permítaseme la afirmación—sino que el poema se hace solo.



Ya en la mitad de la obra, el poeta no podría afirmar aún cuál será el desenlace; el desenlace como el mismo poema van sufriendo modificaciones á veces radicales, á veces absolutas, de suerte que entre el poema *fraguado* y el poema realizado, suele haber una diferencia completa.

Cuéntase que Goethe tardó treinta años en escribir su *Fausto*, obra eminentemente modificada, como se comprenderá, en el curso de esos seis lustros.

A veces el poeta la abandonaba por completo, para abarcarla después mejor á distancia con su mirada olímpica, *indiferente á todo, menos á la belleza*, á la manera que un escultor se retira á algunos pasos de distancia de su obra, para verla erguirse con todo el encanto preciso de la perspectiva en su real majestad y en su real expresión.

Después, el autor de *Fausto* volvía con más ímpetu á su obra, para modificar una línea, para avivar un t-



no, para á las veces, borrar de un brochazo un miembro entero que no se destacaba con la pureza y limpieza debidas.

Sucedé otras veces que el génesis de una obra literaria no es ni siquiera una idea, confusa ó informada por un verso ó por un vocablo, sino una sensación de sabor especial que atenacea el cerebro durante varios días y que por fin se va aclarando, proyectando, precisando, hasta llegar á la suprema vida de la expresión.

* *

Pero nos olvidábamos de Astolfo.

Aquella noche llegó éste á su domicilio, perseguido por un verso impertinente.

Era un endecasílabo anodino acaso, pero pertinaz hasta la exageración.

En el camino había tropezado con un poste de la luz eléctrica, atropellado á un ciego limosnero, desbarrancándose en un hoyanco y estado á punto de estrechar con un molinete maquina del bastón el cristal de un aparador.

Apenas se vió en seguro entre las cuatro paredes de su cuarto, extendió sobre su mesa, en la cual se advertía el más peregrino desorden del universo: un Daudet cabalgando á un Zola, un Leconte de Lisle dándole el lomo á un Verlaine con el olímpico desprecio de un parnasiano de monocló por un decadente calvo, extendió, — digo — sobre su mesa un haz de cuartillas y con pulso nervioso aró el papel dejando con garrapatos heterodoxos fijado para siempre el endecasílabo aquél, causa de sus distracciones y angustias en la calle. □

Y como si el verso en cuestión trajese á otro de la mano y éste á otro, y otro al último, como una ronda de chicuelos que juegan á la gallina ciega, sobre la cuartilla superior fueron alineándose los endecasílabos como un ejército poco disciplinado, hasta llenarla por completo.

Entonces el poeta se puso de pié, cogió con la diestra el papel, y subrayando con nerviosos ademanes de la siniestra tales y cuales versos, empezó á declamar la tirada con énfasis que fué cediendo paulatinamente hasta trocarse en rumor malhumorado para los últimos renglones.

Oh! decididamente, al revés del Padre Eterno hallaba después de hecha la obra que la obra no era buena, y como consecuencia inevitable de este hallazgo, Astolfo; tras haberse mesado repetidas veces los revueltos cabellos, hizo pedazos la cuartilla, murmurando como el Rodolfo de la



Bohemia: Non sono in vena, y dirigiéndose incontinenti á la cama, á falta de inspiración, en busca de sueño.

* *

Pero ay! el sueño no viene tan fácilmente á los cerebros hiperestesiados. Nuestro poeta, después de revolcarse una buena media hora entre las sábanas del lecho con grave asombro del gato metódico que lo miraba de hito en hito con sus ojos de estrías metálicas, acabó por saltar de la cama, por vestirse de nuevo y por volver á la tarea.

El verso primitivo, origen de tantas agitaciones, estaba aún ahí, en su memoria, danzando como un bufón burlesco vestido de acuchillados policromos y erisado de cascabeles.

Era la noche azul en que los gnomos.

Y lo que había seguido, más infumable aún. . . .

Un rayo de luz iluminó súbitamente las concavidades craneanas del infeliz: si no podía con los versos, era porque le estorbaba la levita, una siniestra levita, pesada y solemne.

Lejos la levita!

Era la noche azul en que los gnomos en sus grutas de gemas tapizadas.

Ya habían salido las gemas, esas gemas inevitables de la poesía moderna. . . . Pero des-

pués de muchos esfuerzos tras de las gemas no salía más.

Y el poeta, merced á otra súbita iluminación interior, comprendió que le estorbaba el chaleco horriblemente estrecho. . . . el cual fué volando á hacer compañía á la levita. Pero el procedimiento apenas si le valió al misero otros dos endecasílabos, en vista de lo cual resolvió quedarse casi desnudo.

Y tiritando con el frío de la noche continuó la composición en que pudo describir con palpitante verdad, el frío de la noche, en medio del cual tosía, tosía sin misericordia una niña abandonada á la que un gnomio abrigó por fin con su gran caperuza, hoga, cogulla ó lo que sea, llevándosela al abrigo radiante de

gemas—es claro!—de su gruta. Como eso del frío lo describía el misero d'apres nature.

* *

Tan d'apres nature que ya no podía más, y calculando que pues el poema estaba ya á medio hacer, no era necesario proseguir desnudo, se encapilló de nuevo la ropa, merced á la cual pudo ya hablar del *cordial calor* que la pobre niña-tosijosa experimentaba en la gruta y con la caperuza del gnomio y proseguir su tirada en endecasílabos *calientes* y tanto que la ropa tornó á estorbarle y al poeta á despojarse de ella.



Y así siguió escribe que escribirás sin más interrupción que la de uno que otro cigarrillo, una que otra mesada de cabellos y uno que otro paseo por la pieza con breves estaciones frente á la vidriera del balcón en que el último verso era glosado con tamborineo de los dedos sobre los cristales.

Y así fué concluído en aquella noche memorable, más larga que la noche en que Hércules fué concebido, el poema de Astolfo, poeta modernista, partidario de las gemas y de la ropa ligera.

Y esto se refiere como ejemplo é instrucción para los que no elaboran versos y con curiosidad muy disculpable desean saber cómo se hace un poema.

Dicho lo cual, por aquella entré y por ésta salgo y el bien quédese para quien lo deseare y el mal para quien lo fuere á buscar, amén, Jesús!

DEMETRYOS.

Los misterios del hipnotismo

Y DE LA
SEGUNDA VISTA

Están á la orden del día los hipnotizadores de teatros, los seres privilegiados que leen el pensamiento, que sin más elementos indicadores que los que les proporciona una extraña facultad adivinatoria, descubren el paradero de objetos ocultos en el fondo de un bolsillo ó bajo un mueble. Todos se preguntan cómo se las componen esos fakires occidentales para producir la visión á distancia, y aunque el hecho no tiene explicación para la gran mayoría, todos creen en su prodigiosa realidad, porque dudar sería rechazar la evidencia.

Invariablymente el autor de tanta maravilla, comienza por decir al público que posee un gran poder magnético sobre la persona á quien presenta como «medium»: puede comunicarle los pensamientos que quiera sin valerse de la palabra ni de otro signo perceptible. . . . para los concurrentes.

El medio antes empleado para hacer esta clase de experiencias era el del célebre Roberto Hudin, quien se servía de un cuestionario variadísimo. Cada pregunta indicaba al hijo de Houdin, un objeto elegido por éste. Inmediatamente el «medium» designaba el objeto. Los esfuerzos de memoria que requiere este procedimiento son enormes tanto por parte del operador como del «medium.»

El *Scientific American* describe el medio mecánico, objeto de este artículo y de los grabados que lo acompañan.

El operador presenta al público á su «medium,» ordinariamente una señora, y hace que se siente en el foro del teatro, frente á los espectadores; tiene los ojos vendados, de tal manera que cualquier especta-

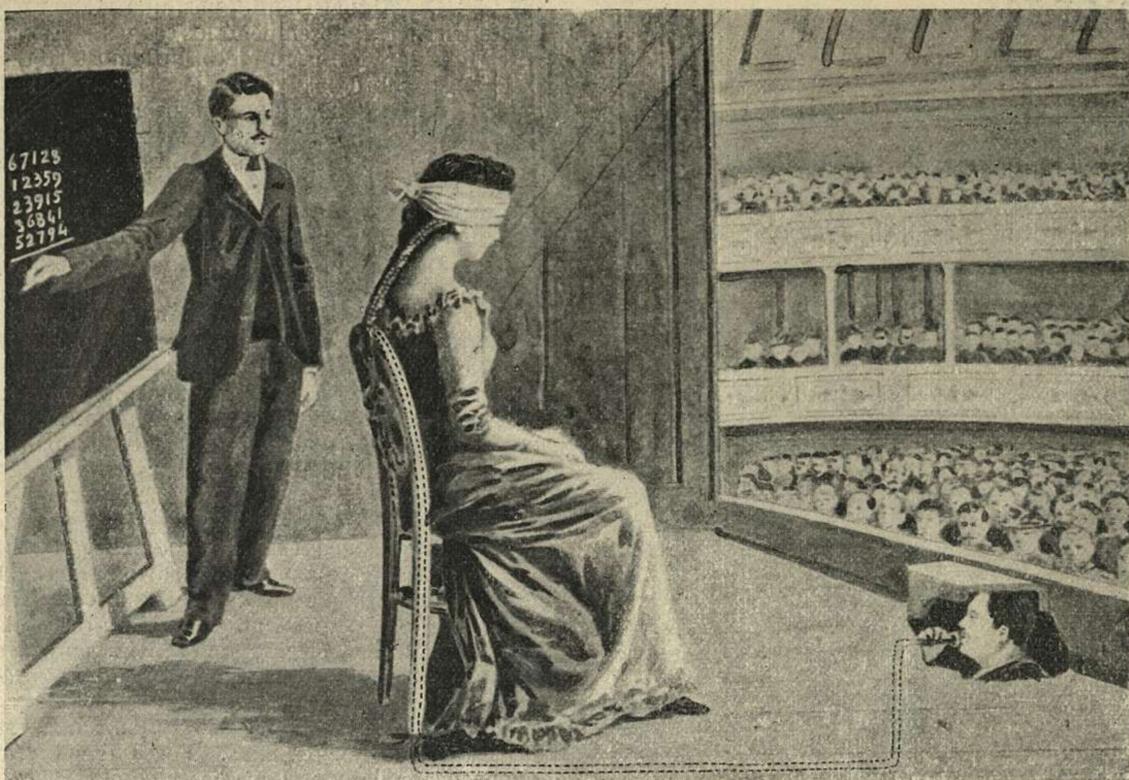


FIG. 1.—EI TUBO ACUSTICO.

El operador puede probar que no hay superchería y que la venda impide totalmente que la «medium» vea.

Colócase detrás de ésta un gran pizarrón sobre el cual traza cualquier espectador varias columnas de cifras aritméticas. El operador anuncia que la «medium» ve las cifras y dará el resultado de la adición de ellas.

En efecto, la «medium» afecta una gran concentración de espíritu y al cabo de un momento, dice las cantidades escritas y el resultado de la suma de todas ellas.

Otro espectador sube al foro y señala uno de los números escritos, cuyo nombre dice la «medium» inme-

diatamente. Algunas veces extrae una raíz cuadrada ó cúbica, dando pruebas de un gran talento matemático.]

* *

La experiencia prueba dos cosas: 1^ª que la «vidente» tiene un conocimiento perfecto de las cifras escritas en el pizarrón. 2^ª que ni ve ni puede ver á través de la venda que cubre sus ojos.

Para llegar al resultado, en aparien-

cia sorprendente, hay varios medios. En el primer caso, un auxiliar se coloca bajo el pavimento y frente al pizarrón, pudiendo ver y decir los números sin que lo vea ni lo oiga el público. En el segundo caso, se practica en la suela del zapato de la «vidente» un agujero de cuatro centímetros de diámetro (fig. No. 2) Coloca el pié en un agujero del pavimento, adaptándose á la suela un pistón movido neumáticamente por medio de un tubo de goma. El auxiliar colocado bajo la escena sigue con la vista las operaciones trazadas en el pizarrón y oprimiendo la pera del extremo del tubo, imprime los movimientos que desee al pistón colocado bajo el pié de la «medium.» De este modo y con los signos convencionales de una especie de telegrafo, ésta sabe lo que debe decir.

* *

Hay otro medio, empleado éste por Keller: en lugar de un pistón se hace uso de un electro-ímán.

Puede también emplearse un tubo indicador. La «medium» se sienta en una silla de madera encorvada, una de cuyas patas es hueca y se prolonga hasta el respaldo.

La señora lleva una trenza á la espalda y en esa trenza hay un tubito, de tal manera que llega hasta el oído (fig. 1).

Cuando está ya sentada, el operador pone en comunicación los dos tubos, y el auxiliar dice á la «medium» todo lo que sirve á ésta para dejar boqui-abierta al público.

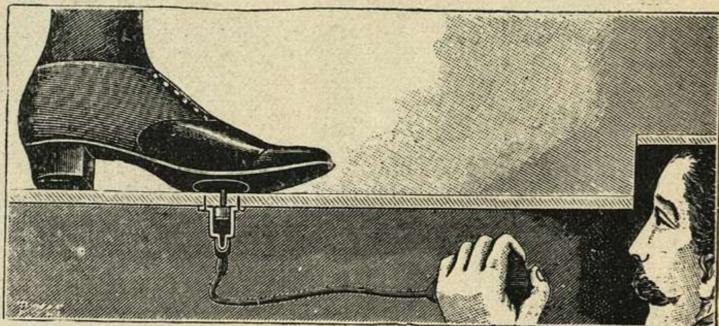


FIG. 2.—TRANSMISION DE SEÑALES POR MEDIO DE UN TUBO PNEUMATICO

MEXICO ANTIGUO.



CASA DE LA CORREGIDORA.—2^ª CALLE DEL INDIO TRISTE NUM. 2.

MEXICO ANTIGUO.

La casa de la Corregidora.

En la última década del siglo próximo pasado, y en la casa número 25 de la calle de Santa Clara, vivían las señoras González, personas de buena sociedad y amantísimas de obsequiar á sus tertulianos con dulces, chocolates, bizcochos y refrescos.

Las tertulias de las González eran concurridas y animadas. Oidores, inquisidores, militares, canónigos, literatos, todos los personajes de la época concurrían allí, para comentar en sabrosa charla las noticias de la *Gaceta* ó los chismes de la ciudad.

Una joven huérfana llevaba ella misma los obsequios á las visitas, y en más de una ocasión cerca de la puerta de la sala, á hurtadillas, se detenía á escuchar las conversaciones, y de una manera especial las disputas relativas al gobierno de España, y á los primeros síntomas de la revolución francesa. Un día, principalmente, le cautivó la fogosa y elocuente palabra del joven Don José Joaquín Fernández de Lizardi, quien más tarde figuraría en el mundo de las letras con el pseudónimo de *El Pensador Mexicano*, pues en esa vez hablaba con entusiasmo, con sinceridad y con suma valentía de la emancipación de los pueblos.

La semilla arrojada sobre terreno virgen, siempre fructifica y aquella apología de la independencia que escuchó de labios del *Pensador*, la huérfana hija de Don Juan José Ortiz y de Doña Manuela Girón, fué el primer beso de libertad que sintió en su frente, ella que había de anunciar más tarde al Padre de la Patria, el peligro de la conspiración que inició la independencia de la Nueva España.

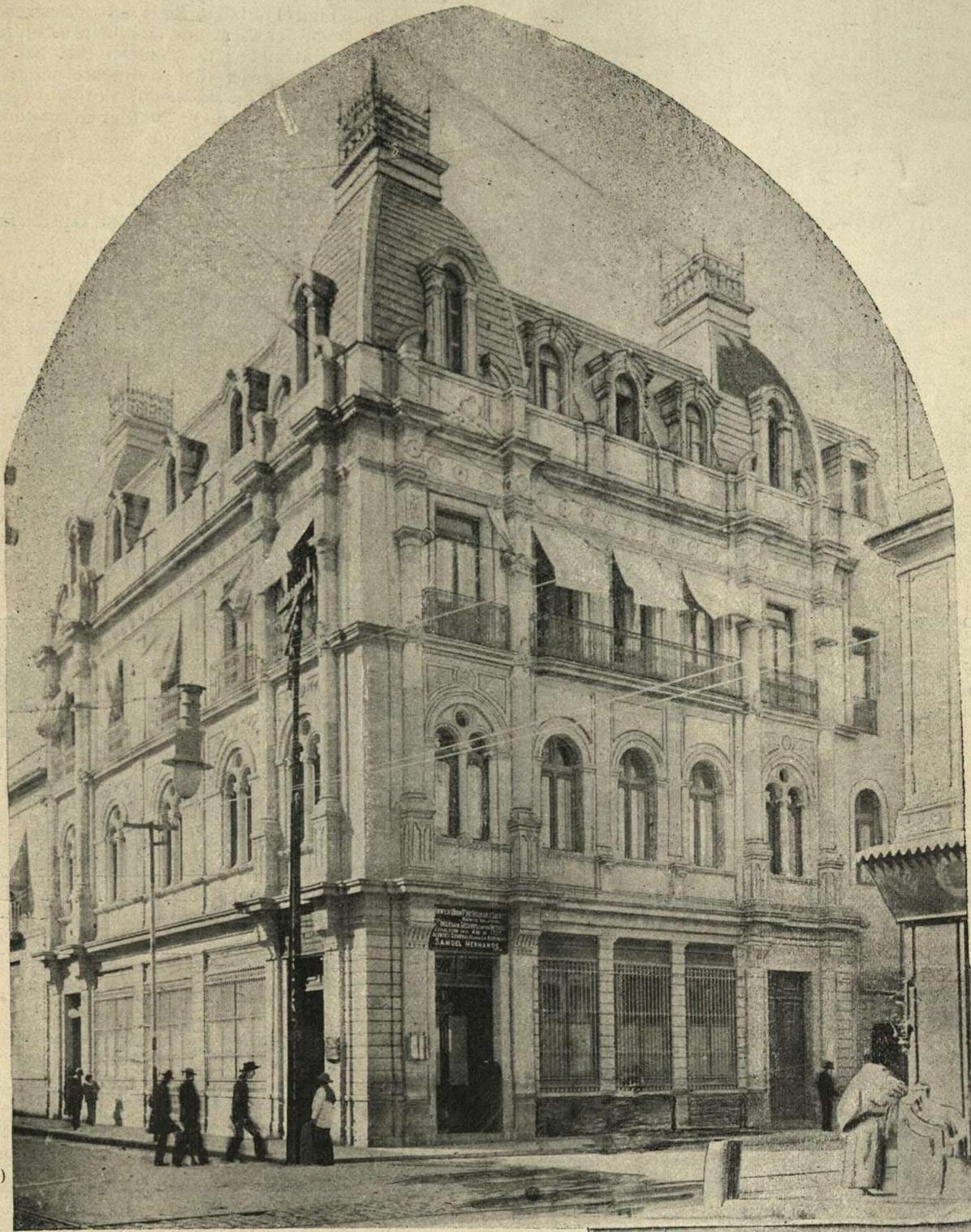
* *

La joven se llamaba María Josefa Ortiz. Ingresó al Colegio de las Vizcainas el 30 de Mayo de 1789, previa solicitud que hizo el día 16, y estuvo en este notable plantel hasta el 31 de Marzo de 1791. Fué sacada de allí por su hermana mayor Doña María Sotero Ortiz, á pretexto de que estaba enferma y de que los bien hechores que daban dinero para la pensión, uno había muerto y otros habían retirado sus limosnas.

Quizás la verdadera causa fue otra. El Lic Don Miguel Domínguez visitaba el Colegio por negocios que tenía con la Mesa Directiva. Tal vez conoció allí á la joven Ortiz, y prendado de sus cualidades y de su hermosura, solicitó sacarla bajo los pretextos ya mencionados. Confirma esta sospecha, el que á poco tiempo, el 24 de Enero de 1793; se unieron en matrimonio Don Miguel Domínguez y Doña María Josefa Ortiz.

La felicidad sonrió durante algunos años en aquel

MEXICO MODERNO



CASA ZULUETA.—CALLE DE SAN AGUSTIN N° 1.

hogar. Domínguez era uno de los jurisconsultos más apreciables de su tiempo. Por su ilustración y honradez, los negocios más arduos y cuantiosos se ponían en sus manos. El Gobierno virreinal, apreciando sus méritos, tuvo á bien nombrarle Corregidor de la Ciudad de Querétaro hacia 1801.

Las ideas del siglo, el huracán revolucionario de la pasada centuria, que barrió con las ideas añejas; la política mezquina y tirante de España con sus colonias, todo contribuyó á que las primeras luces de la espléndida aurora de nuestra emancipación, despertaran los cerebros que dormían en la noche eterna del coloniaje.

Entonces fué cuando María Josefa Ortíz, recordó las palabras redentoras del Pensador; entonces fué cuando entabló relaciones con el fogoso Ignacio Allende, uno de los conspiradores y colaboradores más fervientes del venerable Hidalgo.

Allende deseaba celebrar su enlace con una de las hijas de la Corregidora, y fué, repito, cuando María Josefa en Querétaro, conspiró y trabajó incansable por lograr la emancipación de la tierra que la vió nacer.

* *

La Historia ha consignado los hechos de aquella noble matrona, desde el instante en que avisó á Hidalgo que la conspiración había sido denunciada, hasta que llena de gozo, después de haber luchado de continuo, sin arredrarse por insultos, persecuciones y duras cárceles, tuvo la dicha de ver consumada la obra que se inició á la voz del ¡alerta! lanzado por ella desde su primera é improvisada prisión.

El Imperio de Iturbide la encontró ya en México, retirada en su casa, cuidando de su esposo y de sus hijos, y cuando Doña Ana María Huarte, le mandó el nombramiento de primera dama de honor, con abnegación democrática, tuvo la altivez de contestar al portador:

—Diga usted, que la que es Soberana en su casa no puede ser dama de una Emperatriz!

El resto de su vida la pasó al lado de su familia. Fué madre de doce hijos, cuatro varones y ocho mujeres, á saber: José (el grande), Mariano, Miguel, José (el chico), Ignacia, Micaela, Juana, Dolores, Manuela, Magdalena, Camila y Mariana.

El Lic. D. Miguel Domínguez, una vez conseguida la Independencia, desempeñó los cargos sucesivamente de Regidor, Ministro del Supremo Tribunal de Justicia, Miembro del Poder Ejecutivo, y durante el Gobierno de D. Guadalupe Victoria, fué nombrado por la mayoría de los Estados, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia y su primer presidente por voto del Congreso.

Habitaba hacía algunos años la casa núm. 2 de la 2ª Calle del Indio Triste, donde vivió junto con Doña María Josefa Ortíz hasta la muerte de ésta, acaecida el 2 de Marzo de 1829.

A un docto biógrafo refirieron los deudos de la Corregidora un hecho singular que precedió á su muerte. «Poco antes de tan fatal suceso,—dice,—presentóse en la casa de la Sra. Ortíz (que como hemos dicho, estaba en la 2ª del Indio Triste núm. 2), un lego franciscano, y dijo que venía de parte del padre Calderón que la aguardaba en la iglesia de la Enseñanza para oírla en confesión, y salió inmediatamente. La señora dijo, no haber solicitado al padre, y averiguó que ninguno de su casa le había llamado. A poco tornó el lego manifestando que el padre Calderón la esperaba. Entonces la señora salió de su casa y acudió al tribunal de la penitencia. Cuando regresó del templo expresó la satisfacción que sentía, porque aquel llamamiento era un aviso del cielo, y que seguramente pronto moriría. Persistió ella en tal idea y fué á visitar á varias de las personas á quienes más estimaba, para despedirse de ellas. Pocos días después se sintió atacada de una pleuresía, y en el séptimo de la enfermedad falleció rodeada de los suyos.»

El día 3 de Marzo del mismo año de 1829, fué enterrada al pie del altar de la Virgen de los Dolores de la iglesia del Convento de Sta. Catalina de Sena, á instancia de las monjas, que mucho la querían desde que allí estuvo presa en la época de la insurrección. Su cadáver fué exhumado hace pocos años y conducido á la ciudad de Querétaro con todos los honores debidos.

El Lic. Domínguez la sobrevivió poco tiempo. Impresionado tal vez por su muerte, se fué á vivir con su hijo el Lic. D. Mariano, que estaba empleado en la Aduana de México, y falleció en este edificio el 22 de Abril de 1830, celebrándose sus exequias, el mismo día en el Santuario de la Virgen de Guadalupe.

¡Ni una humilde inscripción indica á los viajeros cuál fué la casa de la Corregidora.

LUIS GONZALEZ OBREGON.



CASA DEL SR. JOAQUIN ARAOZ.—CALLE DE DONCELES.

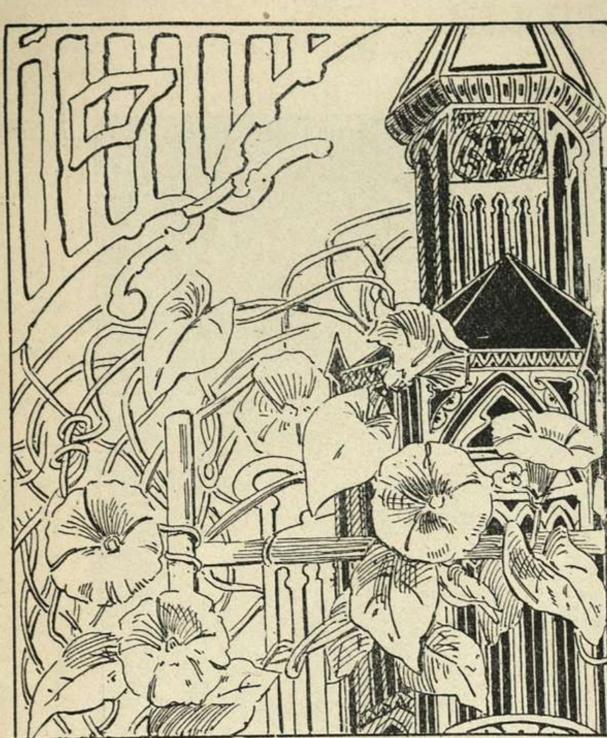
BELLAS ARTES



CUADRO DE F. WILLIEMS.

LA REPRIMENDA.

GRABADO EN LOS TALLERES DE EL MUNDO.



FRA ANGELICO

EN

San Marcos de Florencia

¡Cómo se agitan y trabajan en este siglo XV! En medio de este taller tumultuoso y pagano, subsiste un convento tranquilo donde piadosa y dulcemente, sueña un místico de los antiguos días, Fra Angélico de Fiesole.

El convento permanece casi intacto; dos patios cuadrados desarrollan sus filas de columnillas sosteniendo sus arcos y sus techos cubiertos de viejas tejas.

En una sala hay una especie de memorial ó de árbol genealógico que contiene los nombres de los principales monjes muertos en olor de santidad. Entre estos nombres está el de Savonarola, y se menciona que pereció por una acusación injusta. Se enseñan dos celdas en que él habitó: antes de él vivió Fra Angélico en el monasterio, y pinturas de su mano decoran la sala del Capítulo, los corredores y los muros grises de sus celdas.

Había permanecido extranjero del mundo, y continuaba, en medio de las sensualidades y de las curiosidades nuevas, la vida inocente y soñadora en Dios, que describen los Fioretti. Vivía en la obediencia y la simplicidad primitivas, y se cuenta de él que una mañana, queriendo el Papa Nicolás V hacerle desayunar, consideró como caso de conciencia comer carne sin permiso del prior, no pensando en la autoridad del Papa. Rehusaba las dignidades de su orden, no ocupándose en otras cosas más que en la oración y la penitencia. Cuando se le pedía alguna obra, contestaba con una bondad de alma singular que hablaría á su prior, y que lo haría si el prior le daba permiso. «Jamás pintaba más que santos; se recuerda que no cogía los pinceles sin ponerse antes en oración y hacer penitencia, y no hacía jamás un Cristo en la cruz sin tener los ojos bañados en lágrimas. Tenía por costumbre no retocar jamás ni refundir ninguna de sus pinturas, sino que las dejaba como resultaban la primera vez, creyendo que eran tales por la voluntad de Dios.» Yo comprendo que un hombre así no estudiase ni la anatomía, ni el modelado contemporáneo. Su arte como su vida, es primitivo. Comenzó por los misales y terminó por los muros; el oro, los bermellones, el vivo escarlata, los verdes brillantes, las iluminaciones de la Edad Media, brillan en sus lienzos como en los viejos pergaminos.

Algunos ponen estos colores en los techos; la piedad infantil quiere adornar y desea que reluzcan hasta el exceso su santo y su ídolo. Cuando sale de las pequeñas figuras y presenta una gran escena de veinte personajes, decae; sus personajes no son cuerpos. Su expresión conmovedora y recogida no basta á animarlos; quedan hieráticos y envarados; no ha comprendido de ellos más que su alma. Lo que sabe pintar es lo que

siempre ha repetido, son visiones de una alma inocente y feliz. «Dadme, dulcísimo y tiernísimo Jesús que repose en tí, más allá y por encima de toda criatura, de toda salud, de toda belleza y de toda gloria, por encima de todos los dones y presentes que puede dar y repartir, más allá de toda alegría y regocijo que el alma puede recibir y sentir.» «He aquí mi Dios y mi todo. . . . ¿Qué quiero yo más ó qué mayor felicidad puedo desear? Mi Dios es todo. Esto basta á quien comprende, y es dulce para quien ama, repetir-lo á menudo. Presente tú, todo es delicioso; ausente tú, todo es desagradable. Tú das la tranquilidad á mi corazón, tú haces en él una grave paz y una alegría de fiesta.» Semejante adoración no se practica sin imágenes interiores; con los ojos cerrados se las sigue largamente y sin esfuerzo, así como soñando.

Como una madre que tan pronto como entra en la soledad ve flotar ante la memoria el rostro de su hijo bienamado, como un poeta casto que en el silencio de la noche imagina y vuelve á ver los ojos de su amada, así el corazón involuntariamente llama y contempla el cortejo de las figuras divinas. Nada le turba esta contemplación pacífica. Al redor de él las acciones están reguladas y los objetos son oscuros; todos los días las mismas horas uniformes vuelven á ponerle delante las mismas murallas, los mismos oscuros reflejos de las ensambladuras, los mismos pliegues caídos de los capuchones y de los trajes, el mismo ruido de pasos que van al refectorio ó á la capilla. Las sensaciones delicadas é indistintas se despiertan vagamente en esta monotonía, y el sueño confuso, como una rosa abrigada contra las brutalidades de la vida, se abre lejos de la gran ruta que huellan los pasos humanos. Entonces se despliega ante los ojos, la magnificencia del día eterno, y en adelante, todo el esfuerzo del pintor se emplea en expresarlo.

Escaleras de jaspe y de amatista presentan sus losas relucientes hasta el trono en que se sientan los personajes celestes. Aureolas de oro lucen sobre las cabezas; sus túnicas rojas, azules, verdes, con franjas de oro, círculos, rayos de oro, centellean como glorias.

El oro cae en forma de flecos en los doseletes, se almohadilla formando bordados en las capas, tachona las túnicas, adorna los florones de las diademas, y los topacios, los rubíes, los diamantes, constelan con sus llamas la orfebrería de las coronas. Todo es luz, el resplandor de la iluminación mística; gracias á esta prodigalidad del oro y del azul, domina una sola tinta, la del sol y del cielo. No es este un día ordinario; es demasiado brillante; debilita los más ricos colores, encubre los cuerpos por todas partes, los borra y los reduce á no ser más que sombras. En efecto, hay aquí almas; la pesada materia ha sido transfigurada, su relieve no es sensible, se ha evaporado su substancia; no resta de ella más que una forma etérea que nada en el esplendor y en el azul. Otras veces los bienaventurados se aproximan al paraíso.

Entre ricos céspedes sembrados de flores rojas y blancas, bajo verdes y floridos árboles, los ángeles los conducen, y fraternalmente, mano con mano, forman un corro; el peso de la carne no les oprime en lo más mínimo; la cabeza rodeada de resplandores, se desliza en el aire hasta la puerta flamante, de donde brota una luz de oro, y en lo alto, Cristo, en medio de una triple rosa de ángeles agrupados como flores, les sonríe bajo su aureola. Son las mismas delicias y los mismos deslumbramientos narrados por Dante. Los personajes son dignos del lugar. Aunque bella é ideal, la figura de Cristo, aún en los triunfos celestes, es pálida, pensativa, y ligeramente ajada; es el amigo eterno, el consolador un poco triste de *La Imitación*, el poético y misericordioso señor de corazón dolorosamente tierno que sueña; no es el cuerpo demasiado perfecto de los pintores del Renacimiento. Los largos cabellos formando bucles, la rubia barba rodeando dulcemente su rostro; algunas veces sonríe dulcemente, y su gravedad aparece unida con su bondad afectuosa. En el día del juicio no maldice; solamente baja la mano del lado donde están los condenados, y hacia la derecha, hacia los bienaventurados, hacia los que ama, dirige con amor sus ojos. Cerca de El, de rodillas, baja la mirada, la Virgen parece una joven que acaba de recibir la hostia. A menudo la cabeza es demasiado gruesa, como ocurre en los iluminados; los hombros estrechos, las manos demasiado pequeñas, la

vida espiritual interior, demasiado desarrollada, ha reducido á la otra, y el largo manto de azul bordado de oro que la cubre por completo no permite imaginar la existencia de un cuerpo. No se imagina antes de haberla visto, modestia tan inmaculada, ni candor tan virginal; después de ella, las vírgenes de Rafael no son más que bellas campesinas fuertes y sencillas; los personajes son por el estilo. Su expresión se relaciona con sus sentimientos; la inocencia del alma tranquila conservada en el claustro, y el deslumbramiento del alma feliz que ve á Dios.

Los santos son retratos, pero depurados, embellecidos; la transfiguración celeste se desprende del cuerpo, como del alma, la porción ideal recubierta y alterada por la grosería de la vida terrestre; ni una arruga en los rostros más viejos; parecen volver á florecer bajo la influencia de la juventud eterna.

Ni un rasgo de maceración en los cuerpos; han entrado en la felicidad pura.

Los rasgos de los bien aventurados son tranquilos; se ve que permanecen serenos, sorprendidos en el éxtasis; no se atreven á moverse, á desarreglar un pliegue de su traje por miedo á perder algún detalle de su visión; dirigen sus ojos á la altura sin que su cuerpo se altere. Le recojen para gustar mejor la beatitud, parece que dicen como los discípulos del Evangelio: «Señor, estamos bien aquí: levantemos

tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés,—otra para Elías.» Algunos discípulos parecen niños de coro, novicios de monasterio llenos de veneración y timidez.

Cuando ven al niño Jesús dejan escapar sus movimientos de alegría infantiles; después, temiendo haber hecho mal, vacilan. No hay emociones violentas ni arrebatos en este mundo; todos están semi-velados, detenidos en el camino por la paz y la obediencia del claustro. Pero las figuras más encantadoras son las de los ángeles. Se les ve arrodillarse en filas silenciosas al redor de los tronos ó enlazarse formando guirnaldas en el azul. Los más jóvenes son amables y cándidos niños; no han sospechado jamás la existencia del mal; no piensan mucho; cada cabeza en su círculo de oro, sonríe, es feliz, sonreirá siempre, y esta es toda su vida. Otros son alas resplandecientes como pájaros del paraíso, tocan instrumentos ó cantan y su rostro lanza rayos. Uno de ellos levantando su trompeta para llevarla á los labios, se detiene como sorprendido por una visión resplandeciente; éste con un violín apoyado en el hombro, parece soñar en el son delicioso de su propio instrumento. Otros dos, con las manos juntas, contemplan y adoran. Uno muy joven con rostro de niño, se inclina como para escuchar antes de herir sus címbalos. La armonía de los sonidos se junta á la armonía

de los colores. Los tonos no se degradan, no van creciendo ni se funden como en las pinturas ordinarias.

Cada vestido es de una sola tinta, un rojo después de un azul, un verde vivo después de un violeta pálido, un bordado de oro sobre un amaranto desvanecido, como los sonos simples y sostenidos de una melodía angélica. El pintor goza con ello; no encuentra jamás para sus santos, colores bastante puros, y, además, bastante preciosos. Olvida que sus figuras son imágenes y les rinde los cuidados minuciosos de un fiel y de un adorador. Borda sus túnicas como si fueran personas reales, hace serpentear en sus capas bordados tan finos como una obra de orfebrería, pinta en sus mantos cuadritos completos, se aplica á desarrollar delicadamente los blandos y pálidos cabellos; escalonar los bucles, hacer que caigan regularmente los pliegues de las túnicas, redondear cuidadosamente en las cabezas la tonsura monacal; entra en el cielo detrás de ellos para amarlos y servirlos. En efecto, él es la última de las flores místicas. El mundo que le rodeaba y que él no conocía acababa de emprender vía contraria, y después de un corto acceso de entusiasmo, iba á quemar á su sucesor, domínico como él, el último cristiano: Savonarola.

H. TAINE.



THEOPHILE GAUTIER.

EL NIDO DE RUISEÑORES.

Un hermoso parque rodeaba al castillo.

En el parque había pájaros de todas especies; ruiseñores, mirlos, alondras. Todas las aves de la tierra se habían dado cita en el parque.

En primavera, se escuchaba un gorgojo indefinible: en cada hoja se escondía un nido, cada árbol era una caja acústica. Todos los diminutos y alados músicos, saltaban de rama en rama, unos piando, otros trinando, estos lanzando al aire cadencias aperladas, aquellos desgranando fiorituras ó bordando gamas armoniosas. Si hubiesen sido músicos verdaderos, lo hubieran hecho menos bien.

Pero en el castillo había dos hermosas niñas, ambas hermanas, que por sí solas cantaban mejor que todos los pájaros del parque. Una se llamaba Fleurette, la otra Isabel. Las dos eran muy bellas, y como bellas, codiciables. Los domingos, cuando vestían sus graciosos trajes, se las hubiera

tomado por unos ángeles á no ser por sus espaldas blancas que mostraban la carne blanca de las mujeres de la tierra. Para ser ángeles sólo les faltaban las alas. Cuando cantaban, el viejo señor de Maulevrier, su tío, las tomaba de la mano, temeroso de que les viniese el capricho de volar.

Qué lucidos torneos se celebraban en honor de Isabel y de Fleurette! La reputación de su belleza y su talento había dado vuelta á la Europa, y sin embargo, las niñas no eran orgullosas, vivían en el aislamiento, no mirando otras personas, que el pequeño paje Valentín—hermoso niño de cabellos blondos—y el Señor de Maulevrier—viejo cano de piel curtida, que arrastraba el cuerpo sexagenario y ya encorvado al peso de sus arneses de guerra.

Las dos hermanas empleaban su tiempo arrojando migajas á las aves, recitando sus oraciones y principalmente estudiando las obras maestras de su tiempo y repitiendo juntas algún motete, madrigal, villancico ó cancioncilla: ah! también tenían sus flores, que ellas mismas cultivaban con esmero. Su existencia tranquila se deslizaba entre esas ocupaciones poéticas y dulces de niña; se mantenían á la sombra, lejos de las miradas indiscretas del mundo, que, á pesar de todo, se ocupaba de ellas. Ni el ruiseñor ni la rosa se pueden ocultar: su trino y su perfume los traicionan. Las dos niñas eran á un tiempo dos ruiseñores y dos rosas.

Duques, príncipes y nobles acudían solicitándolas en matrimonio. El emperador de Trebizonda y el sultán de Egipto enviaron embajadores para proponer una alianza con el señor de Maulevrier; las dos hermanas se resistieron á oír hablar de estos asuntos: quizá un instinto secreto las hubo de advertir que su misión aquí abajo, era conservarse doncellas y cantar, porque de lo contrario, se violentarían las leyes de su destino.

Muy pequeñas las llevaron al castillo. La ventana de su alcoba caía al parque y el trinar de las aves les servía de arrullo. Apenas pisaron los umbrales de esa mansión señorial, el viejo Blondeau,—menestrel del amo,—tomó sus manecitas y las puso sobre las teclas de marfil del clavicordio: ellas no tuvieron otro juguete que éste y antes de hablar aprendieron á cantar. Cantaban como los demás respiramos: como una cosa natural.

Tal educación hubo de influir singularmente sobre su carácter. Su infancia harmoniosa las mantuvo lejos de la infancia turbulenta y loca. Jamás habían exhalado un grito estridente ó una queja desentonada, discordante; lloraban y gemían á compás. El sentido musical, en ellas desarrollado á expensas de los otros sentidos, las hacía poco sensibles á todo aquello que no se tradujese en música. Flotaban como por sobre una onda melodiosa y casi no percibían el mundo real sino por sonidos. Comprendían admirablemente el rumor del follaje, el murmurio de las aguas, el tic-tac del reloj, el suspiro del viento encajonado en la chimenea, el acompasado ruido de la rueda, el gotear de la lluvia cayendo sobre la vidriera temblante, todas las armonías exteriores é interiores; pero no mostraban entusiasmo—por qué no decirlo?—á la vista de un sol muriente; mal se fijaban en un cuadro, como si sus pupilas azules y negras hubiesen estado cubiertas con una espesa venda. Padecían la enfermedad de la música, con ella soñaban, por ella se olvidaban de todo, no amaban otra cosa en el mundo. Si acaso amaban otra cosa era á su Valentín y á sus flores; á Valentín porque se parecía á sus flores y á sus flores porque se asemejaban á Valentín. Pero este amor ocupaba el segundo término. Verdad es que Valentín contaba apenas trece años. Verdad es también, que el placer mayor del paje consistía en cantar al pie de su ventana tarde con tarde la divina canción que ellas habían compuesto durante el día.

Los célebres maestros acudieron de muy lejos para escucharlas y rivalizar con ellas: pero se declaraban vencidos al percibir la nota final, esa nota que rompía sus instrumentos y hacía pedazos sus partituras. En efecto, era aquella una música tan melodiosa y agradable, que hasta los querubines bajaban del cielo para aprenderla y cantarla después al buen Dios.

Una tarde de Mayo, las dos niñas suspiraban un motete á dos voces. Jamás había sido más felizmente trabajado motivo más feliz.

Un ruiseñor del parque, agazapado en un rosal, atentamente las escuchaba y en su lenguaje de ruiseñor las dijo: «Quisiera provocar con ustedes un lance musical.»

Las dos niñas respondieron de conformidad y lo invitaron á abrir el torneo.

El ruiseñor comenzó. Era todo un maestro. Su pequeña garganta se inflaba, sacudía las alitas, su cuerpecillo todo se estremecía, y de esa garganta brotaban cascadas inacabables, fusas, arpegios, gamas cromáticas; ya subía, ya bajaba; enfilaba las notas dulcificando las cadencia con una pureza desesperante; se hubiera dicho que su voz tenía alas como su cuerpo. Súbita-

mente se detuvo, convencido de haber logrado la victoria.

Las niñas se dejaron oír á su vez, traspasando los límites de lo creíble. Después de ellas, el canto del ruiseñor se asemejó al ronco gorgo de un viejo gorrion.

El alado virtuoso intentó un último esfuerzo; cantó una romanza de amor: después ejecutó una fanfarría brillante que coronó valientemente con un final de notas altas, vibrantes y agudas, más allá de toda voz humana.

Las niñas, sin dejarse sorprender por ese «tour de force» dieron vuelta á la hoja de su libro de música y replicaron al ruiseñor, de tal manera, que Santa Cecilia, que en lo alto del cielo las escuchaba, celosamente palideció, dejando caer su contrabajo sobre la tierra.

El ruiseñor intentó aún cantar, pero la lucha lo había extenuado totalmente, el aliento le faltaba, se erizaron sus plumas, sus pupilas se cerraron á pesar suyo y dijo agonizante: «Cantais mejor que yo y el «orgullo de querer sobrepasaros me cuesta la vida. «Una cosa os demando: tengo un nido, en ese nido «tengo tres polluelos; el nido se halla á contar del «tercer rosál del corredor, cerca de la fuente. Tomad- «los, educadlos y enseñadles á cantar porque yo sien- «to que me muero» y murió. Las dos hermanas lo lloraron mucho porque había cantado muy bien. Llamaron á Valentín, el pajecillo de cabellos blondos y le mostraron el lugar donde se hallaba el nido. Valentín, que era un pilluelo, fácilmente dió con el sitio, guardó el nido en su pecho y regresó con su preciosa carga. Fleurette é Isabel, de codos en el balcón, lo esperaban con impaciencia. Valentín llegó, trayendo el nido entre las manos. Los tres polluelos movían asustados la cabeza y abrían un pico muy

grande, sumamente grande. Las niñas se apiadaron de esos pequeños huérfanos y les dieron de comer á cada uno. Cuando crecieron, comenzaron su educación musical, como lo habían ofrecido al ruiseñor vencido.

Era maravilloso ver como estaban domesticados y lo bien que cantaban. Ellos, revoloteaban alegremente por la alcoba y ora se posaban sobre la cabeza de Isabel, ora sobre los hombros de Fleurette, ya delante del libro de música, y en esta situación, al verlos, se podía haber dicho que sabían descifrar las notas, así era el aire de inteligencia con que miraban los signos blancos y los negros. Sabían todas las canciones de las niñas y aún se permitían el orgullo de improvisar las suyas; las dos hermanas vivían cada vez más retraídas. Todas las tardes se percibían en su alcoba sonidos de una melodía sobrenatural. Los ruiseñores, perfectamente instruidos, tomaban parte en el concierto y cantaban casi tan bien como sus maestras, quienes por su parte habían progresado notablemente.

Sus voces tomaban día á día una brillantez extraordinaria, vibraban de una manera cristalina y metálica por sobre todos los registros de la voz humana; en cambio, las niñas adelgazaban visiblemente, el hermoso tinte de su rostro se iba desvaneciendo; estaban pálidas, pálidas como el ágata, casi transparentes. El señor de Maulevrier quiso impedirles que cantaran, pero nada pudo conseguir de ellas. Siempre que lo hacían y una vez transecurridos algunos compases, una manchita roja se dibujaba sobre sus mejillas y se alargaba, se alargaba hasta que no concluían su canción; entonces, la manchita desaparecía, pero un sudor frío bañaba su piel y sus labios temblaban febrilmente.

Por lo demás, su canto era cada vez más hermoso;

había en él algo que no pertenecía á este mundo y al oír esa voz sonora y poderosa, exhalada por la garganta de esas niñas pálidas y enfermas, no era aventurado prever que la música rompería el instrumento.

Ellas así lo comprendieron y se dedicaron á tocar el clavicordio, el clavicordio que habían abandonado por la vocalización. Pero una noche, la ventana estaba abierta, los pájaros gorgearon en el patio, la brisa suspiraba melodosamente, había tanta música en el aire que ellas no pudieron resistir á la tentación de ejecutar un dúo, compuesto precisamente la víspera.

Fué un canto de cisne, un canto maravilloso, preñado de lágrimas, ascendiendo hasta los límites más inaccesibles de la gama y descendiendo en notas harmónicamente escalonadas; algo brillante y desconocido, un diluvio de trinos, una lluvia compacta de signos cromáticos, un fuego de artificio musical indescriptible. Y sin embargo, la manchita roja se ensanchaba singularmente y les cubría ya casi todas las mejillas. Los tres ruiseñores las escuchaban con pasmosa ansiedad y sacudiendo las alitas temblantes, iban y venían sin poder permanecer tranquilos. Por fin, llegaron ellas á la última frase del trozo y su voz adquirió un timbre tan sonoro y extraño, como si ya no fueran criaturas vivas las que cantaran. Los ruiseñores habían emprendido el vuelo. Las dos hermanas estaban muertas; sus almas habían partido con la última nota. Los ruiseñores subieron en línea recta al cielo, para ofrecer ese canto supremo al buen Dios que los acogió en su paraíso deseoso de escuchar la música sublime de las niñas.

El buen Dios con esos tres ruiseñores, formó más tarde las almas de Palestrina, Cimarosa y el caballero Gluck.



Nada más preciso y encantador que aquella flor en medio de la llanura helada.

Es la rosa más pequeña de este diminuto rosál; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte.

Sin embargo, á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

En el pasado Abril, una hada con las alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había tocado con el dedo pulgar de su pié, un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Pero tiene mucho frío, tanto, que con su rosada blancura, semejava el cuerpo desnudo de un niño metido en una cuna de escarcha.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

—Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida como las demás flores; el invierno, queriendo marchitarme, me hiela, y siento mil espinas frías que como acerbas puntas de hielo penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro como el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca un poco de calor; todo lo que me resta de perfume, lo daría por un rayo de sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa; pero ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido.

Pensé ir al bosque, y con algunas ramas secas encender una hoguera al rededor de la rosa; pero el viento del Septentrion hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?

Afortunadamente tuve un buen pensamiento; corrí á casa de mi amante, la de los cabellos de oro, y le conté lo que me había ocurrido.

No dudó un solo momento; vistióse de prisa y llegamos con rapidez increíble al sitio donde la flor se extinguía de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizos, que cubrieron todas las hojas.

—¡Oh! exclamó la rosita de la llanura; ¡qué dulce es el calor del sol!

CATULO MENDES.



Pequeños poemas en prosa.

I

EL EXTRANJERO.

—Dí, hombre enigmático ¿á quién quieres más: á tu madre, á tu hermano ó á tu hermana?

—Ni tengo padre, ni tengo madre, ni tengo hermanos.

—Y tus amigos?

—Os estais sirviendo de una palabra cuyo sentido no me fué nunca dado conocer.

—Y tu patria?

—Ignoro la latitud en que se encuentra.

—Y la belleza?

—La amaría con gusto, diosa é inmortal.

—Y el oro?

—Tengo por él un odio parecido al que vos tenéis por Dios.

—Qué amas tú entonces, sér extraordinario, singular extranjero?

—Yo amo las nubes... las nubes que pasan allá lejos... las nubes maravillosas!

II

LA DESESPERACION DE LA ANCIANA.

La viejecilla, la pobre viejecilla arrugada, se sintió dichosa al contemplar ese niño bonito á quien todos hacían fiestas, á quien todo el mundo quería gustar, ese ser delicado tan frágil como ella, como la pobre viejecilla, y, como ella también, sin dientes y sin cabellos.

Y, queriendo sonreírle y hacerle gestos agradables, se aproximó á él.

Pero el niño, el pobre niño bonito se mostraba asustado, y llenaba la casa con sus gritos de disgusto y de repulsión ante las caricias de la buena mujer decrepita.

Entonces la pobre anciana se refugió en la eterna soledad, y llorando también, se dijo interiormente: «Para nosotras, desgraciadas hembras viejas, ya pasó la edad de gustar aún á los inocentes. Nosotras horrozamos aun á los seres pequeñitos á quienes deseamos amar.»

CARLOS RAUDELAIRE.



LOS GATOS.

Niveos y bermejós, blondos y atigrados,
ojos verdes-grises de oro veteados,
bigotes hirsutos, aspecto marcial,
molondros, huraños, ágiles, nerviosos,
son de la felina raza los fermosos
Don-Juanes truhanescos de estirpe real.

*

Los gatos son símbolo del mal: son proscritos
genios demoniacos, réprobos malditos
que de sus cavernas arrojó Plutón;
esfinges con alma, misántropos graves
que en fúnebre ronda con las negras aves
salen al uncioso toque de oración.

*

Cuando de áureo polen se constela el cielo,
los gatos, caladas sus gafas de abuelo,
exploran buscando su perdido bien
Satanes rebeldes de lo alto caídos,
al acaso vagan, hoscós y afligidos,
pensando en los dulces goces del Edén.

*

En los plenilunios sus sombras grotescas
danzan en el muro, visiones dantescas,
al son de un pausado rondel funeral
y en las tempestuosas noches intranquilas,

rayan la tiniebla con ígneas pupilas,
-redondos topacios de lumbre infernal.-

*

Celan á sus hembras, -princesas ingratas,-
sensuales troveros les dan serenatas,
al pié del soberbio feudal torreón
y en la paz callada de la noche obscura,
sus maullidos lúgubres de inmensa pavora
anuncian borrascas y desolación.

*

En las frías noches del Invierno, cuando
se tuercen los leños rojos crepitando
dentro de la estufa de grato calor,
friolentos los gatos el rescoldo buscan,
tan cerca, que á veces sus púas chamuscan,
pero se defienden del crudo rigor.

*

Y el gato es poeta: que en tanto la joven
platica en el piano con Liza y Beethoven
hiriendo las blancas teclas de marfil,
se produce extraña ronca melopea,
pues él, mientras ella toca, ronronea
estrofas cascadas de vate senil.

*

Cuando de los gallos la clarinería
toca triunfal diana saludando al día,

los gatos retornan al caliente hogar:
entran cautelosos á la regia alcoba,
y sobre algún mueble de raso y caoba,
con pereza olímpica se echan á roncar.

*

Los gatos, sabedlo, mendigan cariños,
respetan las canas, juegan con los niños,
ellos fueron musas para Baudelaire;
mas en sus pupilas siniestras y ovals,
relampagueando sus vivos puñales
odios y rencoros se observan tremar.

*

Me gustan los gatos. Hay cual ellos seres
agenos á toda clase de placeres,
torvos rondadores de un mundo mejor
genios pensativos que en la sombra habitan,
Otelos que el crimen á solas meditan
como la venganza de su gran dolor.

*

Niveos y bermejós, blondos y atigrados,
me gustan los gatos de lomos arqueados,
mostachos hirsutos de porte marcial,
que huraños, molondros, ágiles, nerviosos,
son de la felina raza los fermosos
Don-Juanes hidalgos de estirpe real.

JUAN B. DELGADO.

EN PLENA SOLEDAD

Pálido, enfermo y ceñudo
A tu sombra me enderezo
Resignado con el peso
De mis armas y mi escudo.
Con mi dolor te saludo,
Y fatigado y contrito
Llego á tí como un proscrito
Que anhela tras sus tormentos
Sentir en sus pensamientos
La embriaguez de lo infinito.

Tras la pujante refriega
Busco tu sombra y tu calma,
Trayendo dentro del alma
Los escombros de la brega.
Mi musa ante tí despliega
Su crugiente vestidura
Aspirando en la hermosura
De tus cármenes risueños
El *haschich* de los ensueños
Y el vértigo de la altura.

Puesto que soy tu creyente
Y en tu sombra me recreas,
Haz que vibren las ideas
Que se anidan en mi frente.
Alza á mí tu voz doliente,
Abre tus senos fecundos,
Y á mis sueños errabundos
Y á mis ansias tormentosas
Da el reflejo de otras cosas,
De otros seres y otros mundos.

El bullicio con su aliento
Y su clamor de marea
Mata el germen de la idea
Y el embrión del sentimiento.
Mas en tí mi pensamiento
Siente radiar lo infinito

Y sabe que en el bendito
Camarín de tu proscenio
Tienes himnos para el genio
Y duelos para el proscrito.

En tus vagas armonías
Hay arrullos y ternezas
Para todas las tristezas
Y todas las alegrías.
Sobre tus naves umbrías
Flota algo extraño que encanta,
Pues siempre á tí se levanta.
En su expresión más sublime,
Tanto el pesar cuando gime
Como el placer cuando canta.

En su inmensa trayectoria
Baten sus alas ligeras
Unas aves: las quimeras
Que hierven en mi memoria.
Con tus ráfagas de gloria
Mis inquietudes alejas
Y ante mis ojos reflejas
Con tintes desvanecidos,
Siluetas de amores idos
Y espectros de cosas viejas.

Hoy en mi espíritu escancias
Como un néctar de delicias
El fuego de tus caricias
Y el soplo de tus fragancias:
Hoy mis sueños y mis ansias
Con tus rumores alientas
Porque sé que no alimentas
Bajo el nimbo de tus glorias,
Ni al vicio con sus escorias
Ni al odio con sus tormentas.

La idea, chispa que asombra
Con su ropaje esplendente,
Nace y se nutre en la fuente
De tu calma y de tu sombra.

La penumbra que te alfombra
Es propicia en su mutismo
Para el genio, eee heroísmo
Que brilla, si en tí se posa,
Con la fuerza portentosa
Del ala sobre el abismo.

Ante tu paz bienhechora
Siento algo que en mí aletea
Y se enciende y parpadea
Como un destello de aurora.
Es el lampo que colora
Y la mira que embalsama,
Es el numen que se inflama
Como áscua en mis pensamientos
Y se iergue á los acentos
Del porvenir que me llama.

BENITO FENTANES.

A CHOPIN.

SONETO.

Del caos de las notas, de la nada,
Tu obra surgió, que se estremece y llora,
Y tu pálida musa encantadora
Un mundo de pasión formó, inspirada.

En tu música ardiente y desolada
Melancólica, al par, y seductora,
Vibra la voz altiva y soñadora
De tu augusta Polonia destrozada.

Cuando en tu noble-tierra apareciste
Bajó del cielo un enlutado arcángel,
En tu oído á decir cosas sin nombre:

Y te dió el alma luminosa y triste
Que canta sus ensueños como un ángel
Y llora sus tristezas como un hombre.

Tepic, Enero 2 de 1899.

ANTONIO ZARAGOZA.



TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 6.

—Mi querido Pablo,—dijo Jocquelet con su acento más mordaz, alargando á Sillery, el manuscrito de Amadeo.—He aquí unos versos que me parecen soberbios, y que voy á declamar así que pueda en un concierto ó en un beneficio. . . . Léalos usted y díganos qué le parecen. . . . Presento á usted el autor M. Amadeo Violette. . . . Amadeo, te presento, á M. Pablo Sillery.

Todas las melenas (que servían de marco á jóvenes y amables rostros) volviéronse con curiosidad hacia el recién venido, á quien Pablo Sillery invitó cortesmente á sentarse, con la fórmula de cajón: «¿Qué va usted á tomar?» Luego se puso á leer las hojas que le había dado el cómico.

Amadeo, sentado en el borde de la silla, estaba trastornado por la timidez. Entre los poetas primerizos, Pablo Sillery gozaba de cierta reputación. Había fundado una hoja literaria, *La Avispa*, que publicaba en la primera página caricaturas de hombres célebres con cabezas gordas sobre cuerpos enanos, y Amadeo había leído algunas poesías de Sillery llenas de impertinencia y de gracia. ¡Un autor cuyas obras se imprimían! ¡Un director de periódico! Esto era enorme para el inocente Amadeo, que no sabía que *La Avispa* sólo tenía catorce suscriptores y que consideraba á Sillery como un coloso; así es que palpitándole el corazón, esperaba con angustia la sentencia de un juez tan temible.

Pero un minuto después, Sillery, sin levantar los ojos del manuscrito, dijo entre dientes:

—¡Buenos versos!

Una ola de delicias inundó el pecho del poeta del arrabal de Santiago.

Cuando acabó de leer, el director de *La Avispa* levantóse de su banqueta y alargó las dos manos á Amadeo por encima de los vasos y de las botellas.

—Ante todo,—exclamó con alegre entusiasmo,—déjeme usted darle un buen apretón de manos. La descripción de la batalla es admirable y sorprendente; clara, concisa á lo Merimé, llena de color é imágenes superiores á las de Merimé; en fin, una cosa enteramente nueva. Mi querido M. Violette, felicito á usted de todo corazón. No puedo pedir á usted para *La Avispa* ese hermoso

poema que Jocquelet tendrá la satisfacción de interpretar y que indudablemente tendrá extraordinario éxito, pero solicito de usted como un gran favor algunos versos para el periódico. Estoy seguro de que serán tan buenos como éstos, si no mejores. Pero debo advertir á usted que no podremos pagárselos. *La Avispa* no prospera; puede decirse que vuela con una ala rota. Para sostenerla algunos meses todavía, he tenido que recurrir á un usurero, que me ha entregado, entre otros valores, en vez del clásico cocodrilo empajado, un caballo sabio, que proviene de un circo ecuestre quebrado. Primeramente determiné montar el noble animal para ir al Bosque, mas al llegar á la Avenida de los Campos Eliseos comenzó á valsar alrededor del pilón de la fuente, y me he visto precisado á vender con pérdida considerable ese cuadrúpedo coreográfico. La colaboración de usted en *La Avispa* será, pues, gratuita ¡ay! como la de los demás redactores. Pero usted, M. Violette, tendrá en cuenta que he sido el primero en saludarle con el raro y glorioso título de verdadero poeta, y me concederá la alegría de haberle procurado la primera emoción que produce el oler á imprenta de las primeras pruebas. ¿Está usted conforme?

¡Que si estaba conforme! Amadeo estaba conmovido hasta el fondo del corazón por tanta bondad y cordialidad fraternal, y además tan turbado que se esforzaba en vano para encontrar palabras que expresaran su gratitud; así es que tropezó cien veces cuando quiso dar las gracias.

—No me dé usted gracias,—repuso Pablo Sillery, con su agradable sonrisa algo escéptica,—y no me suponga mejor de lo que soy. Si todos los versos de usted tienen la misma fuerza que los que acabo de leer, pronto publicará un volumen que causará sensación, y que inspirará, quizá á mí el primero, movimientos de envidia. Los poetas no valen mucho más que los otros hombres: son como la inmensa mayoría de los hijos de Adán, vanidosos y envidiosos; sólo que conservan el don de admirar, y esto constituye su superioridad y su honor. Hoy por hoy siento un gran placer en haber encontrado un mirlo blanco, un poeta original y sincero, y con permiso de

usted celebraremos un buen hallazgo. No habiendo sido suficiente la venta del caballo valsador para saldar la cuenta del impresor de *La Avispa*, no estoy esta noche en fondos; pero tengo crédito en casa del tío Lebuffle, é invito á comer á todos ustedes en su fonducho. Después iremos á mi casa, adonde aguardo á otros amigos y allí, usted, Violette, nos leerá sus versos, todos haremos lo mismo y tendremos una deliciosa orgía de hermosas rimas. Esta proposición fué calurosamente acogida por los tres jóvenes de melenas á lo Clovis y Chilperico. En cuanto á Amadeo, en aquel instante hubiera seguido á Pablo Sillery hasta á los infiernos.

Sólo Jocquelet no podía acompañarlos, porque había dedicado aquella noche á una señora; y presentó su excusa con una sonrisa tan presuntuosa, que todos se quedaron persuadidos de que iba á coronarse de mirtos y laureles á casa de una princesa de sangre real, siendo así que la actual amiga de Jocquelet era sencillamente una compañera de Conservatorio: una muchacha grandota, desgarrada, negra como un topo y llena de presunción, que se dedicaba á la tragedia y que no correspondía á las caricias de su amante sino después de haberle espetado el sueño de *Atala*, las imprecaciones de *Camila* y el monólogo de *Fedra*.

Pagado el gasto, Sillery, dando el brazo á Amadeo y seguido siempre por los tres Merovingios, salió del café, y atravesando la multitud que obstruía la acera del arrabal Montmartre, condujo á sus convidados á la mesa redonda del fonducho Lebuffle, que estaba situado en el piso tercero de una casucha de la calle de Lamartine y cuyo olor nauseabundo á grasa quemada sentíase desde el portal.

Instaláronse en una mesa cubierta de un mantel notable por el gran número de manchas de vino. Dos ó tres melenudos feroces y cuatro ó cinco barbudos avanzados devoraban ya la sopa servida por el tío Lebuffle y por una criada muerta de cansancio. El nombre con que Sillery había designado al patrón de la mesa redonda debía ser un apodo, porque este obeso personaje, en mangas de camisa, atraía, en efecto, la aten-



ción por su fuerza bovina y sus apagados ojos de rumiante. Con gran asombro de Amadeo, el tío Lebuffle tuteaba á la mayor de parte de sus parroquianos, y no bien los recién venidos se sentaron á la mesa, el poeta neófito preguntó en voz baja á Sillery el motivo de tanta familiaridad.

—Esta proviene de las desgracias de la época, mi querido Violette,—contestó el director de *La Avispa*, desdoblando su servilleta.—Ya no hay Mecenas ni un Lorenzo el Magnífico, y el último protector de las letras y de las artes es el tío Lebuffle. Este bodegonero, que probablemente nunca ha leído un libro ni mirado un cuadro, es aficionado á pintores y poetas, y les permite cultivar en su casa la preciosa planta de la deuda, que al revés de los otros vegetales, crece más cuanto menos se la riega con el pago. Preciso es perdonar á este buen hombre—repuso bajando la voz—su único peccadillo de vanidad y el que le complazca mucho el ser tratado como compañero y amigo por los artistas . . . Los que tienen consignados en el libro del establecimiento grandes cuentas llegan hasta á tutearle, y yo ¡ay! soy uno de ellos. Pero gracias á esto, voy á hacer que beban ustedes algo que no sea tan purgante como el llamado vino de esa botella, del que aconsejo á usted que desconfíe. . . . Oye, Lebuffle, este amigo, aquí presente, será más ó menos pronto un poeta célebre. por tanto, viejo mío, trátale como se merece y traenos una botella de *Moulin-á-Vent!*

Inmediatamente la conversación se hizo general entre los barbudos y melencidos. No hay necesidad de decir que . . . todos, los unos en política, los otros en literatura, estaban animados de las ideas más revolucionarias. Cuando se sirvieron las sardinas, que parecían estar fritas en aceite de quinqué, un terrible barbudo, la barba más negra de todas que subía hasta los ojos de su propietario y se le desbordaba en mechones de pelo por la nariz y orejas, expresó ciertos conceptos elegíacos á la dulce memoria de Juan Pablo Marat, y declaró que en la próxima era al fin necesario realizar el programa del delicioso amigo del pueblo, haciendo caer cien mil cabezas.

—¡Voto al demonio, Flambard, tienes la mano dura!—exclamó un barbudo menos importante, uno de esos barbas que degeneran en patillas á los treinta años y se hacen del centro izquierdo ó conservadores.—¡Nada menos que cien mil cabezas!

—Es el *minimum*,—replicó el barbudo sanguiinario.

Este nombre de Flambard hizo comprender á Amadeo que bajo aquella barba feroz se ocultaba un fotógrafo muy conocido por sus quiebras, y el joven no pudo menos de pensar que si las cien mil cabezas se hubieran colocado en el objetivo del dicho Flambard, haciendo de este modo la fortuna de su establecimiento, no demostraría

tanta impaciencia por verlas gesticular en la media luna de la guillotina.

Las conversaciones que mediaban entre las melenas literarias no eran en su clase menos anarquistas. Cuando se sirvió el asado que, según las muestras, provenía del legendario animal llamado vaca rabiosa, la más larga y espesa de las melenas, que se esparcía sobre las espaldas de un joven novelista (que hacía gala de no peinarla á menudo) contó á los otros cabelludos el argumento de una novela, que verdaderamente debía erizarles de horror, puesto que la violación de una muerta en un cementerio y á la luz de la luna constituía el principal episodio de aquella graciosa ficción.

Hubo entre los concurrentes una especie de emoción repulsiva, y Sillery, con una ligera expresión de enojo en la mirada, preguntó al novelista absaloniano:

—¿Por qué diablos quieres contar esa historia?

—Para dejar pasmada á la gente sencilla.

Y nadie tuvo nada que objetar.

¡Dejar pasmada á la gente sencilla! Tal era, en efecto, la ardiente preocupación, la querida esperanza de todos aquellos jóvenes, y este deseo se descubría en sus menores palabras.

Hasta Amadeo la juzgó legítima y digna de elogio; sin embargo, no creyó, preciso es confesar su falta de confianza, que tan gloriosos esfuerzos fueran coronados por el éxito: hasta llegó á preguntarse si el carácter popular, si su misma esencia y por consiguiente su fuerza no consistía precisamente en ignorar, no sólo las obras, sino hasta la existencia de los que buscaban el modo de asombrarla, y pensaba no sin melancolía, que cuando *La Avispa* hubiese publicado la composición diabólica del joven novelista, no influiría para nada en las gentes sencillas, que continuarían apaciblemente entregadas á sus costumbres habituales, tales como la de consultar el barómetro para saber si ha pasado el tiempo variable ó exclamar entre un gran suspiro. «¡Menos mal!» después de haber apurado la sopa.

A pesar de sus reservas mentales, que Amadeo se reprochaba recelando ser un impuro y despreciable filesteo, el poeta estaba encantado de sus nuevos amigos y del mundo desconocido que se abría ante él. En aquel rincón de bohemios, en donde se sentaban locas premisas y monstruosas paradojas, reinaban la frivolidad y la alegría. Había allí el hichizo soberano, la juventud; y Amadeo que hasta entonces había vivido en su agujero oculto en la sombra, sentía dilatarse su corazón en aquella caliente atmósfera.

Después de un indigesto postre de queso y de ciruelas, dispersáronse los parroquianos del tío Lebuffle. Entonces Sillery condujo á Amadeo y á los tres Merovingios al pequeño entresuelo, amueblado á medias, que habitaba en la calle de Pigalle. A poco, una media docena de otros líricos, que también hubieran podido proveer de magníficos trofeos cabelludos á un guerrero apache, vinieron á reforzar el cenáculo, que se reunía todos los miércoles por la noche.

Muy pronto faltaron sillas; pero Sillery sacó de un oscuro gabinete una maleta vieja en la que podían sentarse dos, y como dueño de casa se contentó con instalarse á ratos con las piernas colgando en el mármol de la chimenea. De este modo la reunión pudo disfrutar de cierta comodidad relativa, sobre todo cuando una vieja de pañuelo sucio en la cabeza (la portera probablemente) instaló sobre un velador en medio del cuarto seis botellas de cerveza, vasos desportillados y en un gran tiesto un abultado paquete de tabaco con pipas y libritos de papel de fumar.

Y entre una nube de humo comenzaron á recitar versos, unos detrás de otros, como en las coplas que se cantan al fin de una boda de aldea. Nombrado por Sillery, cada poeta se levantaba sin hacerse de rogar, colocaba su silla delante de él, y apoyando una mano en el respaldo declamaba su soneto ó elegía. Varios de aquellos bardos carecían de genio y algunos eran algo grotescos. Había entre otros un jovencito de menudo cuerpo y aspecto cadavérico, que declaró en una larga tirada de tercetos que el harem de un sátrapa asiático no era capaz de saciar su ardiente sed de voluptuosidad; y un moletudo, con buen color de provinciano recién venido, anunció en una retahíla de estrofas su formal intención de morir de languidez por causa de la traición de una cortesana de mármorea frente; cuando, á decir verdad, este apacible muchacho vivía maritalmente con

una sencilla hija del pueblo, bruñidora de oficio, reducida por él á la esclavitud y que le limpiaba las botas todas las mañanas antes de marcharse al obrador.

Mas á pesar de estas ridiculeces, semejante areópago, compuesto de poetas que todos sabían su oficio y entre los cuales algunos tenían verdadero talento, infundía á Amadeo gran respeto y temor, y por esto se puso en pié con la boca seca y el pecho oprimido de angustia cuando Sillery le dijo:

—Ahora toca el turno al neófito. Recítenos usted su «Trinchera ante Sebastopol.»

Sin embargo, como buen caballo de guerra, como poeta de raza que era. Amadeo dominó su emoción y recitó con voz vibrante sus estrofas militares, al modo que un veterano del ejército hace resonar la culata de su fusil.

El último verso del poeta fué celebrado con un caluroso aplauso, y todos los oyentes se levantaron para rodear al poeta, felicitarle y verle de cerca.

—¡Es soberbio!

—¡Enteramente nuevo!

—¡Tendrá un éxito enorme!

—¿Qué más se necesita para levantar al público?

—¡Recítenos usted algo más; sí, recite alguna otra cosa!

Y tranquilo, alentado, dueño del areópago, Amadeo recitó una escena popular, en la que había derramado profusamente su ternura hacia los pobres. Luego declamó una de sus descripciones parisienses, después una serie de sonetos titulados «Esperanza de amor,» inspirados por su adorada María, y dejó admirados á todos aquellos poetas por la facilidad y variedad de su inspiración.

A cada nueva poesía los aplausos estallaban como truenos. El corazón del joven dilatábase de alegría con el grato calor del éxito. Disputábase todos el acercarse á Amadeo para demostrarle su admiración personal y estrecharle las manos. ¡Ay! algunos de los presentes debían más tarde afligirse con su baja envidia y sus traiciones; pero en aquel momento, en la generosa franqueza de la juventud y del entusiasmo, le aclamaron como á un maestro.

¡Qué noche tan embriagadora! Entre una y dos de la mañana, el poeta, con las manos ardorosas por los últimos apretones, el cerebro y el corazón embriagados por los vapores del elogio, volvió á grandes y alegres pasos del arrabal de Santiago, alumbrado por los mágicos fulgores de una clara luna y arrullado por el fresco viento nocturno que hacía flotar sus ropas y acariciándole el rostro le hacía creerse oreado por el propio soplo de la gloria.

XI

El éxito, que de ordinario es tan cojo como la justicia, corrió á paso gimnástico y dobló las jornadas para llegar al encuentro de Amadeo. Desde entonces el café de Sevilla y el cenáculo de los melencidos preocupáronse del naciente poeta. Su colección de sonetos, publicados por *La Avispa*, encantó á algunos periodistas, que reprodujeron algunos en publicaciones muy leídas.

Por último, diez días después del encuentro de Amadeo y Jockeyet declamó éste «La trinchera ante Sebastopol» en una espléndida representación dada en la Gaité á beneficio de un antiguo é ilustre actor dramático que á consecuencia de haberse quedado ciego vivía en la mayor miseria.

Esta solemnidad dramática, según el lenguaje empleado en el bombo, comenzó aburridamente. Asistía el público de costumbre en las representaciones extraordinarias: ese público gastado de espectáculos hasta la médula de los huesos, y que á consecuencia del calor de aquella noche de Mayo, que hacía sofocante la atmósfera del teatro, sentíase aún más cansado é insensible que de ordinario.

Los periodistas dormitaban hundidos en sus butacas, y los rostros de las mujeres, casi verdes á fuerza de colorete, se destacaban sobre el fondo encarnado de los palcos, denunciando el abrumador cansancio de un largo invierno de placeres. Aquellos parisienses habíanse reunido allí maquinalmente, por obligación ó por costumbre, sin tener el menor deseo de hacerlo, como se reunían siempre, á modo de condenados perpe-

tuamente «á las primeras representaciones» y tan inertes que ni siquiera sentían el horror de verse envejecer los unos á los otros.

Delante de este auditorio cloroformizado transcurría lentamente una función demasiado recargada, como es costumbre en esta clase de representaciones: trozos de obras archiconocidas, piezas de óperas caídas en desuso hasta en los organillos, y aquel público, siempre el mismo, veía desfilar á aquellos actores, los mismos de siempre, entre los cuales los más famosos eran los más monótonos, abusando los cómicos de su gracia, los enamorados hablando con la nariz, y la gran coqueta, la Celimene por excelencia, destilando su papel con tal lentitud, que cuando pronunciaba un adverbio finalizado en *mente* hubiera no podido ir á beber un vaso de cerveza y fumar un cigarro antes de que ella acabara de proferir la susodicha palabra.

Pero el momento más letárgico de aquella adormecedora representación, fué cuando después de haber representado los actores del Teatro Francés pontificalmente un acto de tragedia, apareció de repente Jocquelet, Jocquelet, todavía alumno del Conservatorio, presentándose al público por vez primera y por excepcional favor. Jocquelet, totalmente desconocido, entablado en su frac negro; Jocquelet, demasiado bajito á pesar de los dos juegos de Whist que había introducido en sus botas. Presentóse con desparpajo, empujándose sobre sus espolones, levantando hacia el gallinero su cara de perro dogo; y con su voz capaz de derribar las murallas de Jericó y de resucitar á los muertos de Josafat, declamó de un solo tirón, pero con inteligencia y actitudes heroicas, el poema de su amigo, que produjo gran efecto. Aquel actor descarado, vulgar, pero de órgano poderoso; aquellos versos tan pintorescos y modernos, consituían un conjunto nuevo (nuevo, fíjense ustedes) que fué una buena sorpresa para aquel público saturado de antiguallas. ¡Dos cosas nuevas á la vez! ¡Descubrir un poeta inédito y un cómic no visto todavía: morder en dos frutos verdes! Todo el mundo sacudió su letargo. Los periodistas hipnotizados se despertaron; las señoras, exangües y cayéndose de sueño, recobraron un poco de animación, y cuando Jocquelet hubo recitado el último verso, todo el mundo aplaudía hasta romper los guantes.

Detrás de un bastidor del teatro, medio oculto en un biombo hecho de antiguos carteles, Amadeo Violette oyó con delicia el lejano ruido de los aplausos, parecidos á una tempestad de granizo. Apenas se atrevía á dar crédito á sus oídos; ¿era verdaderamente su poema lo que producía tan grande emoción que deshela á aquel helado público? Mas pronto dejó de dudar. Jocquelet, que había sido llamado tres veces á escena, se precipitó en los brazos del poeta, acercando á la de éste su cara empapada en sudor.

—Y bien, chiquitito, ¿qué tal, eh?—gritó reventando de gozo y vanidad.—¿Has oído cómo les he endilgado eso?

Inmediatamente, veinte, treinta, cien espectadores vinieron de la sala á la escena. La mayor parte de ellos, correctamente vestidos y con corbata blanca, llegaron con apresuramiento y aire satisfecho pidiendo ver al autor del poema y á su intérprete, y haciéndose presentar, les felicitaron con frases de entusiasmo y apretones de manos. Sí fué un éxito, éxito instantáneo, estrepitoso: fué esa flor tropical de la estufa parisiense, que hoy brota muy raras veces, pero espléndida, al ruido del trueno.

Un hombre grueso, vulgar, con cara de verdugo, que llevaba soberbios brillantes en la pechera, vino á su vez á estrechar la mano de Amadeo, y con voz ronca, voz de gnomo, que hubiera sido excelente para vender cerraduras de seguridad ó billetes más baratos que en el despacho, pidió á aquél el texto de su poema, diciéndole:

—Es para insertarle en la primera página de mi número de mañana, joven; tiro ochenta mil ejemplares. . . . Victor Gaillard, director de *El Estrépito*. . . . ¿Cree que le convendrá á usted?

Y le arrebató el manuscrito sin escuchar al poeta que le daba las gracias, estremeciéndose de alegría al considerar que su obra había inspirado aquel capricho al más famoso bombista de la prensa, al primer reclamista de Francia y Europa, y que sus versos serían colocados ante los ojos de doscientos mil lectores.

Sí, aquello fué un éxito, y Amadeo experimen-



tó la primera amargura desde el día siguiente, cuando entró en el café de Sevilla, adonde solía ir cada dos ó tres días, á la hora del ajenjo. Se habían publicado sus versos aquella mañana en *El Estrépito*, impresos en tipo de anuncios, precedidos de algunas líneas encomiásticas, redactadas por Víctor Gaillard á son de tambor. Desde que Amadeo entró en el café, notó que era objeto de la atención general, y los melencólicos le acogieron con bravos y aclamaciones; mas por cierta expresión de fisonomías, miradas de reojo y sonrisas forzadas, el impresionable joven sintió con súbita tristeza que ya le envidiaban.

—Ya se lo había advertido á usted.—le dijo Pablo Sillery, llevándole á un rincón del café.—Nuestros amiguitos no están contentos, y es natural. La mayor parte de esos rimadores, preciso es confesarlo, sólo son artífices en *dublé* y tienen envidia al maestro orífice. . . . Sobre todo, haga usted como que no lo nota, pues no le perdonarían el haberles adivinado sus malos sentimientos. . . . Además es necesario ser indulgente. Usted tiene su hermosa charretera de teniente coronel, no sea duro con los pobres rancheros. Ellos, en suma, también combaten por la bandera de la poesía, y el nuestro es un regimiento de miseria. Ahora debe usted aprovechar la vena, puesto que es célebre durante veinticuatro horas. . . . Vea usted, hasta los políticos le miran con curiosidad, con la barba hasta el pecho; y sin embargo, el poeta en la consideración de esos austeros ciudadanos no es más que un ser inferior é inútil: sólo y á duras penas admiten á Víctor Hugo, y eso porque ha escrito los *Castigos*. . . . Es usted el hombre de moda; no pierda el tiempo. He encontrado hace un momento en el boulevard á Massif, el editor del Pasaje de los príncipes, que ha leído *El Estrépito* y le espera á usted; llévele mañana todos sus versos, con los que habrá para hacer un tomo. Massif los publicará por su cuenta y podrá darse á luz dentro de un mes. Usted no volverá á domesticar á ese animal de Gaillard, que sólo ha podido tener por usted un pasajero capricho de turco; pero no importa, conozco los versos de usted y estoy seguro del éxito. Está usted en camino. ¡Adelante pues! Decididamente soy mejor de lo que me creía, porque la buena suerte de usted me satisface.

Las palabras de este amable compañero disiparon fácilmente la impresión penosa que acababa de experimentar Amadeo. Por otra parte, hallábase en una de esas horas de embriaguez en las que no se admite que exista el mal. Se detuvo un rato con los poetas esforzándose por tratarles con mayor amistad que nunca, y les dejó, persuadido ¡niño inocente! de que les había desarmado con su modestia. Lleno de impaciencia por hacer partícipes de su satisfacción á sus amigas las señoras Gerard, subió á buen paso hasta

lo alto de Montmartre y llegó á su casa á la hora de comer.

No le esperaban, y sólo tenían aquel día una sopa de hierbas y un resto del guisado de la víspera, remendado con pepinillos; pero Amadeo llevó un pastel, según costumbre, y además dos salsas que harán siempre que parezca delicioso el más lacedemonio *menú*: la dicha y la esperanza.

En la calle de San Pedro habían leído los periódicos, y estaban enterados de que el poema fué aclamado en la Gaité; y habíale visto impreso vivo y coleando. . . . Estaban todas tan contentas que besaron al poeta en ambas mejillas. La mamá Gerard se acordó entonces de que aún tenía en la cueva seis botellas de añejo Chamberlin, y aún cuando se hubiera interpuesto la fuerza armada, no habría conseguido impedir que la excelente mujer, tomando su llave, bajara á buscar las susodichas botellas, llenas de polvo y telarañas, para beber á la salud del triunfador. En cuanto á Luisa, no cabía en sí de gozo. En varias casas en que daba sus lecciones habían hablado delante de ella de los hermosos y admirables versos publicados por *El Estrépito*, y estaba muy orgullosa (¿lo oyen ustedes?) de pensar que el autor era amigo suyo. Pero lo que colmó la satisfacción de Amadeo, fué que María por vez primera pareció interesarse por la poesía, y lo repitió varias veces, con cierto airecillo vanidoso, con frases como estas:

—¿Sabes, Amadeo, que es muy bonita esa batalla tuya? . . . De modo que vas á ser un gran poeta, un hombre célebre. . . . ¡Tienes un porvenir soberbio!

¡Ah! ¡Cuán dulces y halagüeñas esperanzas llevóse el poeta aquella noche á su desván del arrabal de Santiago! Esas esperanzas que le hicieron gozar de hermosos sueños, aún perfumaban su pensamiento al siguiente día cuando la portera le subió dos cartas.

¡Todavía más felicidad! La primera contenía dos billetes de cien francos, con una misiva de Víctor Gaillard, en la que felicitaba de nuevo á Amadeo, y le pedía para el periódico algunas cuartillas de prosa: una novela, un capricho, lo que él quisiera. Bajo el otro sobre reconoció, dando un grito de alegre sorpresa, la letra de Mauricio Roger.

«Acabo de llegar á París, mi querido Amadeo, —escribía el viajero—y parece como que tu éxito me ha dado la bienvenida. Necesito abrazarte pronto y expresarte cuán dichoso soy. Ven á buscarme á las cuatro á mi cuartito de la calle de Monsieur-le-Prince. Comeremos juntos y no nos separaremos en toda la noche.»

¡Ah! ¡Cómo amaba el poeta la vida aquella mañana, hallándola tan dulce y tan buena! Vestido con su traje de fiesta, baja alegremente por la antigua calle de Santiago, embalsamada por los manojos de espárragos y los cestos de fresas de las fruterías. Llega al boulevard de San Miguel, compra una linda corbata para hacer honor á la primavera, y luego en el café de Voltaire, donde almuerza, cambia su segundo billete de cien francos para sentir en su bolsillo, con infantil placer, los hermosos luses de oro, que debe á su trabajo y á su éxito. Después entra entra en el ministerio, en donde el jefe de su negociado, hombre muy corriente que canta estribillos en las grandes comidas, le felicita por su poema, dando pié á que Amadeo le pida permiso para salir á las doce con el objeto de llevar sus versos al editor.

Vedle de nuevo en la calle al claro sol de Mayo. Con aspecto de nabab toma por horas un coche abierto y se hace conducir al Pasaje de los Príncipes, á casa de Massif. El editor de los jóvenes, tan conocido por su magnífica barba negra y su inmenso cráneo calvo, sobre el cual un bromista le ha aconsejado que pegue sus carteles de anuncios; el editor de los autores audaces de libros de sensación, que ha compartido con Carlos Bazile, el poeta de los *Endemoniados*, el honor de estar preso en Santa Pelagia, hace entrar á Amadeo en su gabinete, adornado de aguas fuertes y de hermosos relieves. Al principio recibe al joven con frialdad en atención á su delgado semblante de rimador; pero el poeta le dice su nombre, Amadeo Violette, y de repente Massif le tiende la mano, con una sonrisa de satisfacción, y con ávida mirada de inteligente y experimentado.

Amadeo le entrega su manuscrito, y Massif le abre.



«Veamos... Perfectamente... Con los blancos y con los títulos podremos llegar á las doscientas cincuenta páginas.»

Y se hace el negocio redondo. ¡Pronto, una hoja timbrada! Massif costeará una primera edición de mil ejemplares, y si se tiran más (que si se tiran) dará al poeta cincuenta ejemplares. Amadeo firma sin leer; sólo pide que el libro se publique inmediatamente.

—«Pierda usted cuidado, mi querido poeta, dentro de tres días recibirá las primeras pruebas y dentro de un mes nos daremos á luz.»

¿Será posible? ¿No sueña Amadeo? ¡El, el hijo del pobre Violette; él, el empleadillo de oficina, verá impreso su libro en seguida! Los lectores, esos amigos desconocidos, se conmoverán con sus emociones, y sufrirán con sus sufrimientos. Los jóvenes le amarán hallando en sus rimas un eco de sus sentimientos. Las mujeres meditarán, señalando con el dedo y repitiendo en voz baja una estrofa preferida, que las acariciará el corazón. ¡Ah! Tiene necesidad de hacer partícipe de sus emociones á un amigo verdadero.

—¡Cochero! calle de Monsieur-le-Prince.

Sube de cuatro en cuatro escalones la escalera de la casa de Mauricio. La llave está en la puerta. Entra. El viajero se encuentra allí de pie entre el desorden de las maletas abiertas.

—¡Mauricio!

—¡Amadeo!

¡Qué abrazo! Permanecen mucho tiempo con las manos enfrelazadas mirándose con una sonrisa de felicidad.

Mauricio está más seductor, más gracioso que nunca. Su belleza se ha hecho varonil y su rubio bigote resplandece sobre su fina tez. ¡Qué amable joven! ¡Cómo se rogocija por el primer éxito de su amigo!

—Estoy seguro de que tu libro va á trastornar las cabezas. Siempre he dicho que eras un verdadero poeta. . . . Ya verás.

Mauricio está también muy contento. Su madre le dispensa de acabar su carrera y le permite seguir su vocación. Va á alquilar un estudio y á pintar, según se decidió en Italia, en donde la señora de Roger fué testigo del entusiasmo de su hijo ante las obras maestras. ¡Ah! ¡Italia! ¡Italia! Y refiere su viaje enseñando á Amadeo los mil objetos que ha traído y que casi obstruyen la habitación. Da vuelta entre sus dedos á una figurita de barro que es una reducción del Antinoo del Museo de Napoles, abre una cartera llena de fotografías, la hojea al azar, y se la da á su amigo con exclamaciones de admiración retrospectiva.

—Mira: el Coliseo. . . Las ruinas de Poestum. . . Ese cuadro antiguo del Vaticano. . . Ese fresco de Miguel Angel. . . ¡Eh! ¿Qué tal? ¡Es hermoso!

Y al mirar las fotografías recuerda las impresiones que le produjeron los originales. En aquel jardín Bobolí de Florencia había una turba de colegiales, con calzones cortos y zapatos con hebillas como los abates de otro tiempo; era verdaderamente una diablura el ver jugar al paso á aquellos sacerdotes infantiles. . . . Y allí, en la *Riva dei Schiavoni*, había seguido á una veneciana. . . ¡Oh, qué veneciana! . . .

—Vestida de riguroso guñapo, ¡figúrate, querido! sin nada en la cabeza, envuelta en un chal amarillo con franjas verdes y arrastrando las chinelas sin tacón. . . Pero no, aunque era una hermosa ladina, me hice cuenta de que en la casucha á donde me llevó poseí en ella á todas las diosas de Giorgione y á todas las cortesanas del Ticiano.

Porque Mauricio siempre es el mismo: libertino, calavera, pero ¡bah! no lo niega y se vanagloria de ello con tal entusiasmo y con tal fuego de juventud que constituyen en él un encanto más.

Dan las siete, toma á Amadeo del brazo y atraviesan el barrio latino, contando aquél sus aventuras galantes del otro lado de los Alpes.

—¡Ah, amigo mio! —dice— allá está el verdadero país del amor; no se vive más que para esto. La última de las pérdidas, cuya fotografía enseña un supuesto hermano de café en café, es capaz de perder la cabeza si le dices que es bonita y que la deseas. . . . Palabra de honor; yo hesido seguramente amado hasta en los tugurios á donde por

cuarenta sueldos me llevaba algún rufián.

Cuando Mauricio habla de estas cosas no acaba nunca, y mientras comen los dos amigos en un restaurant del boulevard San Miguel, al lado de una ventana, el viajero, excitado por el Champagne, prosigue describiendo las calurosas noches de Roma y de Florencia. Este tema de conversación era peligroso para Amadeo. No olvidemos que desde hace algún tiempo comienza á pesar su inocencia al casto poeta de guardilla, y aquella noche tiene en su bolsillo algunas monedas de oro, que resuenan con la música del placer. Mientras Mauricio, con los codos sobre la mesa, le cuenta sus proezas amorosas, Amadeo mirando á la luz del gas que acaban de encender y que alumbrá con tibio resplandor el verde de las hojas de los árboles, ve pasar por la acera mujeres vestidas en traje de primavera, que se detienen delante de las terrazas de los cafés, saludando con ligeros movimientos de cabeza á los estudiantes á quienes conocen. El aire está impregnado de voluptuosidad y Amadeo (sí, Amadeo, á fe mía, ¡personas virtuosas, velad la faz!) es el primero en levantarse de la mesa, recordando á Mauricio que es jueves y hay baile en Bullier; y también es él quien añade deliberadamente:

—¿No te parece que vayamos á dar una vuelta por allí?

—Con mucho gusto—responde el vividor—Ah! ah! ¡Empezamos a desperezarnos un poco, señor Violette! Pues bien; subamos á Bullier. No me será desagradable el cerciorarme de que todavía amo á las parisienses.

Se dirigen hacia el lado del Observatorio, fumando sus cigarrillos. En la calzada, en la misma dirección que ellos, algunas victorias conducen parejas de mujeres, cuyos sombreros y trajes primaverales se destacan en la obscuridad nocturna.

A cada instante los dos amigos se codean con bandadas de estudiantes que entonan canciones populares y marchan en compactas filas.

¡He aquí Bullier! Atraviesan la resplandeciente entrada, y desde la escalera que conduce al célebre baile público, se sientan medio ahogados por un penetrante olor á polvo, gas y multitud humana, y sin embargo, en todas las pequeñas poblaciones de Francia hay médicos con cabriolé, notarios rurales y jueces de paz y sustitutos que recuerdan aquel lugar cuando toman el fresco al aire libre bajo el firmamento estrellado, aspirando el exquisito perfume de la cosecha. Porque ese recuerdo está mezclada con algo de poesía que ellos han sentido alguna vez, con sus amoríos de estudiante, con la etapa de su juventud.

Y no obstante, Bullier es un lugar innoble: una caricatura en cartón de la Alhambra, tres ó cuatro mil cabezas dislocadas en una nube de tumulto y de humo de tabaco; y delante de la orquesta desesperada que dispara metralla de rigodones, bailarines y bailarinas que se estrujan, levantando la pierna, con rostros tranquilamente espantosos ó con locas muecas obscenas.

—¡Qué sentinal! —dice Amadeo, con algo de disgusto.—Vamos al jardín.

Allí deslumbra la luz del gas. Los bosquecillos parecen decoraciones viejas, y casi se echan de menos en ellos los antiguos dragones de peto amarillo de las viejas óperas cómicas. La gruta es una imitación burda y los surtidores recuerdan á los de los tiros de pistola en los que sube y baja una cáscara de huevo.

Pero á pesar de todo, allí se respira un poco, y en medio de aquel conjunto artificial, ¡cosa ex-

traña! mirando á lo alto se descubren algunas estrellas naturales.

—Mozo, dos sodas—dice Mauricio, golpeando la mesa con su junquillo.

Y los dos amigos se sientan al lado de una calle de árboles, por donde pasa la multitud. Diez minutos hace que están allí cuando dos mujeres se detienen delante de ellos.

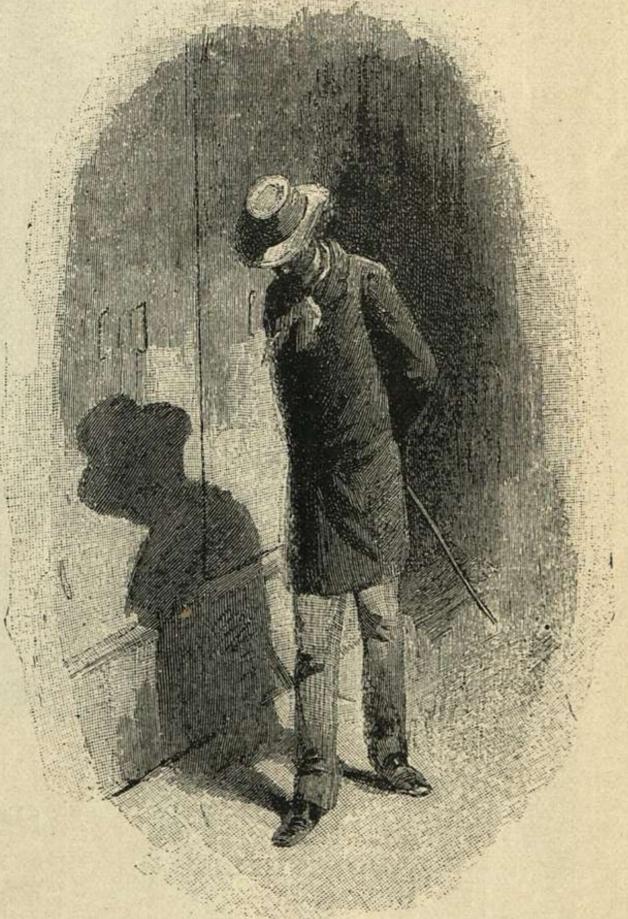
—Buenas noches, Mauricio—dice la mayor,— morena gallarda y rica en colores: verdadero tipo de criada de figón.

—¡Hola, Margarita! —exclama el joven.—¿Quieres tomar algo? Siéntate, y que se siente también tu amiga. ¿Sabes que tu amiga es preciosa? ¿Cómo se llama?

—Rosina—contesta la aludida, casi modestamente, porque sólo tiene diez y ocho años, y á pesar de su peinado provocativo, todavía la pobre muchacha no es desvergonzada. Se comprende fácilmente que empieza su carrera.

—Pues bien, señorita Rosina, venga usted para que la veamos—dice Mauricio, haciendo sentar á la joven á su lado con ademán cariñoso.—Y tú Margarita, te autorizo para que me seas fiel una vez más en obsequio de tu vecino y mi amigo Amadeo, que esta noche padece de mal de amor como si fuera de dolor de muelas. ¡Corazón á alquilar! Aunque poeta, por casualidad tiene en su bolsillo con qué convidarte á cenar.

Como siempre y en todas partes, el egoísta y amable Mauricio se queda con la parte del león; y Amadeo, prestando escasa atención á la gruesa Margarita, que le suplica que la haga un acróstico con su nombre, encuentra encantadora á la joven Rosina, á quien su elegante amigo entretiene con chistosas frases. Pero á pesar suyo, el poeta considera á Mauricio como á su superior, y encuentra muy natural que él se haya adjudicado desde luego la más bonita de las dos mujeres. No importa, Amadeo desea una noche de



placer, porque la sangre le abrasa las venas. Margarita, que acaba de quitarse los guantes para beber un vaso de jarabe, tiene las manos encarnadas, y parece tonta de capirote; sin embargo, es bella, y el poeta, con apetito de principiante, comienza también á hablar inclinándose hacia el cuello de la muchacha, que ríe á carcajadas y le mira provocativamente.

Entonces la orquesta empieza á preludiar una polka, y Mauricio que tiene que alzar la voz para hacerse oír de su amigo, le llama varias veces por su nombre y al fin por su apellido Violette. De pronto, la jovencita, la linda Rosina, se estremece, mira al poeta, y sorprendida le dice:

—¡Cómo! ¿Se llama usted Amadeo. . . Amadeo Violette?

—Sí.

(Continuará.)

Páginas de la Moda



FIG. 1.—TRAJE DE CALLE MUY ELEGANTE.



FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

RESPONSABILIDAD

DE

¡LAS MADRES DE FAMILIA.

Si examinamos con detención todas las llagas morales, encontraremos que reconoce solamente un origen, la mala dirección que se le da al niño, la negligencia ó, mejor dicho, la diferencia con que ve la madre actual el mayor y más imponente de sus deberes: la educación de sus hijos. ¡Oh! si la mujer comprendiera toda la gravedad que encierra el título de ¡¡Madre!! y desempeñara, concienzuda y escrupulosamente sus obligaciones y deberes, cuánto ganaría la sociedad, la familia, ella misma, qué metamorfosis tan benéfica, así moral como material se operaría en todo!

No está lo difícil en obtener el título de madre por las solas leyes de nuestra naturaleza material; lo importante está en serlo según la ley divina, con todo el amor de un alma destinada á formar almas.

Además de la instrucción de la inteligencia, hay algo más importante aún que reclama toda la atención, el esmero todo de la madre: apoderarse del co-

razón de sus hijos, y una vez en posesión de éstos, infundir, grabar en ellos con caracteres indelebles por medio de la constancia y de esa delicada ternura de que rebosa el alma de ésta, los benéficos y saludables principios de moral y virtud, el amor de Dios y del prójimo; precioso é inestimable legado: poderosas armas para combatir los vicios y pasiones y una luz inextinguible que les dirija por el escabroso sendero de la vida.

Cuando se principia la educación de un niño, su inteligencia es nueva, su almita dormita, su memoria aún no está ocupada, se presenta virgen á los pensamientos de la madre, la naturaleza deja vacío el lugar para que ésta lo llene, y tenga presente que, lo que grabe, esto prevalecerá en toda su existencia; sus doctrinas, su ejemplo, serán su guía y, ambas las que determinarán su felicidad ó su desgracia.

«EL PORVENIR DE UN HIJO ES SIEMPRE LA OBRA DE SU MADRE,» ha dicho Napoleón.

¡Cuán grave y trascendental es la responsabilidad que gravita sobre la madre!

Es muy común, por desgracia, la indiferencia con que se ve la educación de los niños desde sus primeros años; ¿á qué esperar á que sean *grandecitos* para

corregirlos? Doble trabajo, por cierto; evítese el que no contraigan hábitos, porque más se dificulta la dirección. ¿Para qué hacer escabroso lo que con suma facilidad á su debido y oportuno tiempo puede hacerse?

Importa sobremanera que toda madre se posea íntimamente del papel tan importante que desempeña en la familia. Los hijos son el trasunto fiel de lo que son los padres; en ellos se reflejan sus virtudes y defectos; moral, educación, costumbres; todo cuanto poseen bueno y malo, pero en particular lo de la madre, en razón de estar en continuo traje con ésta: el modelo real, positivo de donde toman su ejemplo.

¿Con qué derecho, cómo podrá corregir una mentira en su hijo, si ella ha sido la primera en enseñarlo á mentir, porque la ha oído, porque de sus mismos labios la ha escuchado? El niño, al repetir lo que ve hacer á su madre, se cree facultado para hacer lo mismo; éstos, no obstante sus cortos años, razonan, disciernen y las correcciones que se les aplica en casos semejantes las califican de injustas. ¿Por qué me castiga, se interrogan, si á mi madre la he oído que no dice verdad? Este argumento que se forma el niño es muy lógico.

De qué suma importancia es que la madre esté siempre alerta sobre sí para no dar lugar á cometer acciones que sus hijos puedan repetir, como por ejemplo: impacencias, arrebatos de cólera, mentiras, murmuraciones, injusticias, y de todo género de faltas debe abstenerse, porque de lo contrario, ¿cómo podrá doctrinar y corregir?

A la madre y solamente á ella está encomendada la formación del corazón de sus hijos; su educación debe de comenzar desde que están en su regazo y no debe interrumpirla sino es hasta que estos cuenten trece años, esto cuando se trata de varones, para que el padre á esta edad complete la educación pero de muy distinta manera, lo cual le será más fácil realizarlo por estar formado el corazón é inculcados los principios de moral y virtud.

No menos importante es la influencia que ejerce el padre en la educación de los hijos, pues si bien es cierto que á la madre le corresponde esto directamente, no por eso deja de ser de suma importancia la cooperación de éste, al cual toca modificar por medio de virtudes positivas, lo que las lecciones de la madre pudieran tener de demasiado ideal ó demasiado exaltado.

El padre, por lo general, infunde en su hogar respeto; la gravedad de su gesto y la austeridad de su semblante, saben mejor en casos difíciles hacerse respetar y obedecer al momento, su energía contrarresta con la debilidad ó demasiada ternura de la madre.

Si bien es cierto que tanto al padre como á la madre les está encomendada realizar esa grande obra de educar á sus hijos, la madre es quien reporta mayor responsabilidad; el padre carece de tiempo suficiente para dar á éstos cada día las instrucciones competentes, y á cada instante el ejemplo único capaz de guiarlos á la virtud; la mujer es exclusivamente para la familia; el hombre pertenece á la familia y al estado.



FIG. 3.—TRAJE DE TERTULIA.

MUJERES CELEBRES.

LUCRECIA BORGIA, REHABILITADA.

La historia tiene errores que muestran la profundidad de la frase de Fontenelle: la historia es una fábula convencional. Nuestra época parece haber tomado á pechos la tarea de reaccionar contra esas convenciones, rehabilitar á los grandes culpables del pasado, frecuentemente con éxito, y á lo que parece, con justicia. Ahora le ha tocado su turno á Lucrecia Borgia, cuyo nombre hasta hoy era sinónimo de incesto, de envenenamiento y otras lindezas. Ahora resulta de esos documentos, encontrados en estos últimos tiempos, que se ha cometido una manifiesta injusticia respecto á ella y á César Borgia, los representantes de la familia de Alejandro VI más odiados según la historia.

Dos autores alemanes, Alfredo de Roumont y Gregovorius emprendieron la verificación de los documentos sobre los cuales reposan esas acusaciones y esas condenaciones, y los dos, interrogando sin ponerse previamente de acuerdo, los actos y las piezas de los archivos, llegaron á la misma conclusión: «Lucrecia Borgia—afirma de Reumont—es inocente de la mayor parte de los hechos culpables que se le han imputado.»

Gregovorius, menos absoluto en sus deseos de rehabilitación, escribe: «Si es difícil creer que Lucrecia, en medio de la corrupción de Roma y de los que la rodeaban, haya permanecido virtuosa, sería, sin embargo, injusto pretender que haya únicamente realizado las más innobles acciones.»

Admitiendo que esos autores hayan sido llevados de esa parcialidad, á la cual es bien difícil substraerse cuando se sostiene una tesis, parece resultar, cuando menos, de sus trabajos, así como de los de Blaze de Bury, Munz, Ludwig Pastor, Herder y otros, que se encuentran pocas cosas contra Lucrecia.

Su físico, según los raros retratos que de ella se posee, no es de una criminal. Sus facciones son finas, más agradables que hermosas, con algo de virginal y de ingenuo, casi infantil.

Hay en esa fisonomía una expresión de dulzura que traiciona la indecisión de

la voluntad, y ninguna huella de pasiones violentas; todo, al contrario, denota una naturaleza tierna, débil, pasiva, que no se determina por sí misma. En efecto, su voluntad parece haber estado siempre dominada por una voluntad extraña. A los once años se desposó con un gentilhomme español, Don Juan de Centellas, después con otro hidalgo, Don Gaspar, Conde de Avena. Estos dos proyectos de matrimonio se frustraron. El Cardenal Ascanio Sforza, entonces todopoderoso, la hizo casarse con un miembro de su familia, Antonio Sforza.

Nada indica que Lucrecia haya mostrado alguna resistencia. El matrimonio se efectuó el 12 de Junio de 1493; cuatro años después, los esposos, que á lo que parece no lo eran más que de nombre, se separaron. Su segundo marido fué Alfonso de Bosceglia, del cual elogia un cronista la juventud y la belleza; murió prematuramente. Por fin, Lucrecia se casó en terceras nupcias con el Príncipe heredero de Ferrara, según el cual «las cualidades de Lucrecia eran tales, que nada había que temer, sino al contrario, todo que esperar.» En 1505 convirtiéndose ella en Duquesa de Ferrara; en 1519 murió á consecuencia de un alumbramiento á los 39 años, adorada de su marido y de su pueblo. Mostróse como esposa fiel y devota, al mismo tiempo que como consoladora de los desgraciados. Durante su vida dió acceso á cualquiera de los pobres que hacía un llamamiento á su asistencia; empeñó sus joyas para ayudar á los pobres. Pablo Jove asegura que renunció á la opulencia para hacer el bien. Y da como prueba la erección de una iglesia y de un convento, de su peculio. La calumnia no se desarmó, sin embargo. Se acusó á Bembo de ser su amante, mas no hay prueba alguna de esto.

¿Qué resta, pues, de las acusaciones de que se colmó á la benefactora de Ferrara?



FIG. 4.—TRAJE DE PASEO.



FIG. 5.—TRAJE DE CASA.



FIG. 6.—TRAJE ULTIMA NOVEDAD.

FIG. 7.—TRAJE DE CASA.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE CALLE MUY ELEGANTE.

Es de cheviotte claro con tres tunicas superpuestas orladas de terciopelo en tres tiras. Gran bolero de terciopelo, con drapería de seda acordonada. Camisola cerrada de punto de seda.



FIG. 8.—TRAJE PARA BEBE DE DOS AÑOS.

FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

Es de sarga gris acero con gran adorno. Jaquette-Dormán, orlada de piel y cerrada con tres brandeburgos.

Falda ornada de galón de seda, con entredoses de raso plissé y orlada de piel.

FIG. 3.—TRAJE DE TERTULIA.

Es de piel de seda muy elegante, con una gran drapería de blonda vieja de Bruselas, que descende á ambos lados de la falda y encuadra un delantal hecho cadenilla de seda en losanges.

Corpiño de surah en dos bandas cruzadas sobre el busto. Gran cuello Médicis todo drapeado.

FIG. 4.—TRAJE DE PASEO.

La espalda y las mangas son de terciopelo gris, cuadrillé de hilos blancos; una cosa muy nueva y muy elegante.

La jaquette es en paño maravilloso de la misma tinta que el terciopelo.

La basquiña, forma el mismo efecto delante y detrás. Jockeys superpuestos de muy bonito efecto.

FIG. 5.—TRAJE DE CASA.

Es de piel de seda crema, con cuerpo bolero todo drapeado de blonda antigua, sobre terciopelo.

Un hermoso fichú de muselina de seda, con tiras de raso, anudado á la izquierda, completa el atavío.

Falda orlada de blonda y raso en triángulos y ribeteada de lo mismo.

FIG. 6.—TRAJE ULTIMA NOVEDAD.

Es de paño cuadrillé, azul pálido, con gran casaca ornada de terciopelo en el cuello, en las mangas y en el talle.

Solapas cuadradas con bordado de galones. Gran drapería triangular en el frente de la falda, bordada de hermosas guías.



FIG. 9.—ADORNO PARA EL CUELLO.

FIG. 7.—TRAJE DE CASA.

De paño fino asargado. Falda completamente lisa, cuerpo de coselete con solapas mariposa, ceñido por un cinturón de cuero con hebilla.

FIG. 8.—TRAJE PARA BEBE DE DOS AÑOS.

Frock recto en bengalina azul plissé acordeón, con gran cuello recortado en bordado, guarnecido de volantes plissés en tafetán crema.

FIG. 9.—ADORNO PARA EL CUELLO.

Es de marra. Un encaje da la vuelta al cuello, y cae detrás muy elegantemente, formando delante una bonita combinación con la piel.

FIG. 10.—PELISA DE BEBE.

Se hace en vengalina blanca ó en cachemira. Es cuerpo de peliza, está montada sobre un empieziamiento con delantero y espalda. La pelerina tallada en forma está guarnecida de un volante igualmente tallado en forma, motado por una *ruche* en cinta de satén crema.

Otro pago de \$5,000 de La Mutua.

EN MEXICO.

Un timbre de \$5. 00 es. debidamente cancelado. Recibí de "The Mutual Life Insurance of New York" la suma de (\$5,000 00.) Cinco mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 564,363 bajo la cual y á mi favor estubo asegurado mi finado esposo don Julio Ruiz y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, Distrito Federal, á 11 de Enero de 1899.

Firmado—Soledad Medina vda. de Ruiz.

Un timbre de \$0. 50 es. debidamente cancelado. Augusto Burgoa, Notario Público.—certifico: que la señora Soledad Medina, vda. de Ruiz, suscribió en mi presencia el recibo que antecede, recibiendo á su entera satisfacción la suma de cinco mil pesos, plata mexicana, que el mismo expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á once de Enero de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado.—Augusto Burgoa.—N. P.—Rúbrica.

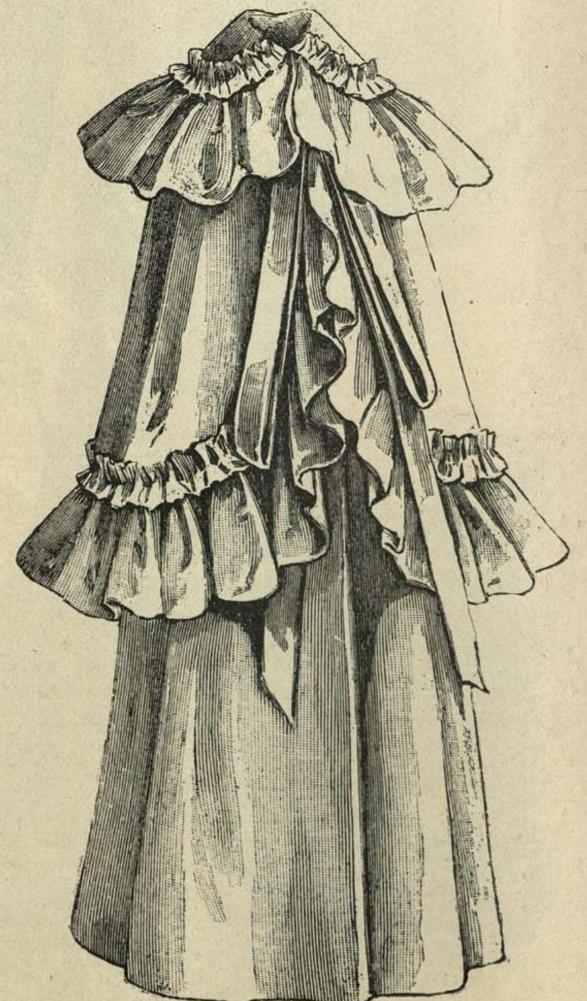


FIG. 10.—PELISA DE BEBE.